

## Desclasificación de documentos sobre el asesinato de JFK. Compilación de textos



### Dallas, aquel 22 de noviembre...

*Eduardo Suárez*

John F. Kennedy llegó al aeropuerto de Dallas unos minutos antes del mediodía. La mujer del alcalde de la ciudad entregó a la primera dama un ramo de rosas rojas y un agente del servicio secreto decidió quitar la capota de la limusina presidencial. Las nubes se habían disipado y miles de personas habían salido a la calle para recibir a JFK.

A la sombra de un roble en un suburbio de Dallas, una luz mortecina ilumina el salón de una casa de madera blanca con un zócalo de ladrillo rojo. Nadie la habita desde hace décadas pero un detalle la distingue de las demás: aquí escondía Lee Harvey Oswald el rifle con el que disparó sobre John F. Kennedy y aquí pasó su última noche en libertad.

Las autoridades acaban de transformar el edificio en un museo al calor del interés suscitado por el 50 aniversario. Pero miles de curiosos se han acercado en el último medio siglo hasta el **número 2515 de 5th Street**. Una vivienda con dos dormitorios que Ruth Paine y su esposo compraron por unos 10.000 dólares en 1960 y que desempeñó un papel esencial en el magnicidio que sacudió al mundo el 22 de noviembre de 1963. Ruth se había criado en una familia de cuáqueros de Pensilvania y no tenía muchos amigos en Dallas cuando conoció a Lee Harvey Oswald y a su esposa rusa en febrero de 1963. Se los presentó un amigo de su coro de madrigales y ella enseguida trabó amistad con la joven Marina y la invitó a mudarse con ella unos meses después.

Oswald sólo se dejaba caer por aquí los fines de semana. Por eso Ruth se extrañó al verlo el jueves 21 de noviembre jugando a la puerta de la casa con su hija June. Sólo al día siguiente se enteraría de que su amigo había aprovechado la visita para coger el rifle con el que unas horas después dispararía contra JFK. El magnicida había adquirido el arma por correo unos meses antes en una armería de Chicago. Apenas le había costado 12,78 dólares y lo había envuelto en una manta verde y marrón entre las cosas que guardaba en el garaje de la familia Paine.

Vivía en una pensión por la que pagaba siete dólares a la semana y **había encontrado su empleo gracias a Ruth**, que supo por una amiga que estaban contratando gente en un almacén de libros de texto del centro de Dallas y se lo dijo al esposo de su amiga rusa, que rellenó su solicitud el 15 de

octubre de 1963. Así fue como Oswald empezó a trabajar en el edificio que se encontraba junto a la comitiva del presidente. Pero **nadie sabe a ciencia cierta cuándo tomó la decisión de disparar**. Hasta tres veces intentó convencer a Marina de que volviera a vivir con él en la víspera del magnicidio y hasta tres veces su esposa le dijo que no.

Es imposible saber si el rechazo tuvo alguna influencia en la deriva del asesino, que en abril había disparado contra el general ultra Edwin Walker y dos meses antes había intentado estrangular a su mujer. Aquella noche después de cenar, Ruth percibió que alguien se había **dejado encendida la luz en el garaje**. Al despertarse, **el único rastro de Oswald era una taza vacía de café**.

Unos minutos después de las siete de la mañana, sonó el timbre de su vecino Buell Frazier, que trabajaba en el almacén de libros de texto y se había comprometido a acercar a Oswald en su Chevrolet. Mientras Frazier se lavaba los dientes, **su colega colocó en el asiento trasero una bolsa alargada de papel**. Donde según dijo guardaba «unas barras para unas cortinas». «Apenas habló pero era el mismo de siempre», decía hace unos meses el chófer de Oswald al recordar aquella mañana de 1963.

Al llegar, Frazier se quedó revisando la batería del vehículo y Oswald entró en el almacén, donde nadie le vio hasta unos minutos después de los disparos que abatieron a JFK.

El asesino **empezó a trabajar en el almacén un mes antes de que las autoridades anunciaran los detalles de la ruta** de la comitiva del presidente. Un extremo que refuerza la tesis de que el crimen fue el fruto de un impulso apresurado y subraya la desconfianza que suscitaba Dallas, donde **un puñado de ultras acababa de agredir al demócrata Adlai Stevenson** y donde abundaban quienes defendían la segregación racial. «Hoy nos dirigimos al territorio de los chalados pero no te preocupes, [Jackie](#)», le dijo Kennedy a su esposa antes de desayunar el día de su muerte. «Si alguien quiere dispararme con un rifle desde una ventana, nadie puede pararlo. ¿Así que por qué preocuparse?».

El presidente y su esposa llegaron a Dallas 20 minutos antes del mediodía y les recibió el éxtasis de la muchedumbre junto al avión. Justo antes del desfile, alguien en la redacción del 'Dallas Times Herald' preguntó al joven reportero Jim Lehrer si la limusina iría con o sin capota y Lehrer habló con uno de los agentes del servicio secreto, que comprobó a través de la radio policial que las nubes matutinas se habían disipado y dijo unas palabras que nunca olvidaría: «Despejado en el centro de Dallas. Quitad la capota».

Cuatro personas acompañaban al matrimonio Kennedy en la limusina: el gobernador John Connally y su esposa, Nellie, y los agentes del servicio secreto Roy Kellerman y Bill Greer.

El objetivo de la comitiva era potenciar la popularidad de los demócratas con la vista puesta en las presidenciales de 1964. Por eso el presidente le pidió a su esposa que se quitara las gafas de sol y por eso se bajó dos veces de la limusina: la primera para saludar a un grupo de niños y la segunda para estrechar la mano a una monja que había traído a sus alumnos a ver al católico JFK.

Nadie esperaba la calurosa acogida de la muchedumbre a la comitiva del presidente, que atravesó entre vítores el centro de Dallas y enfiló el camino hacia el almuerzo en un doble giro que colocó al presidente a tan sólo 80 metros de la ventana por la que se asomaba el rifle de Lee Harvey Oswald.

El reloj del anuncio de Hertz sobre la azotea del almacén marcaba las 12.30 cuando el primer disparo estremeció a quienes se encontraban en la plaza Dealey. Hasta cinco testigos dirían después que **vieron asomar un fusil en el sexto piso** del almacén donde trabajaba Oswald. Entre ellos el fotógrafo local Bob Jackson, que le dijo a su colega Tom Dillard que dirigiera el objetivo en aquella dirección. Los expertos no se ponen de acuerdo sobre el número ni sobre el origen de los disparos que se oyeron aquel viernes en la plaza Dealey. Pero la versión más aceptada es que fueron tres. El primero erró y el segundo golpeó al presidente en la garganta. El tercero esparció su cerebro por el asfalto y le causó de inmediato la muerte cerebral.

«¡Dios mío! ¡No! ¡Han disparado a Jack!», gritó la primera dama antes de abalanzarse sobre la parte trasera del vehículo. «Fue como el sonido de un melón estampándose contra el cemento. La sangre, los sesos y los trozos de cráneo salieron de la cabeza del presidente y me salpicaron en la cara y en la ropa», recuerda el escolta Clint Hill, que al oír el segundo disparo saltó sobre la limusina presidencial.

«El presidente se llevó la mano a la oreja derecha y la sangre empezó a brotar», contó unos minutos después el **ama de casa Gayle Newman**, que **presenció el crimen en primera fila** con sus dos hijos y su esposo Bill. Nadie lo vio todo tan cerca como el matrimonio Newman, retratado sobre el césped aquella mañana resguardando a sus dos hijos de los balazos del francotirador. Y sin embargo los miembros de la Comisión Warren no creyeron que fuera necesario llamarles a declarar. Un detalle que ayudó a sembrar dudas sobre la posibilidad de una trama para tapan la autoría o para mantener a salvo la imagen de la CIA o el FBI.

Un rosario de errores policiales potenció las sospechas sobre la autoría del último disparo. Las autoridades no acordonaron la plaza y dejaron deambular por ella a decenas de ciudadanos. Entre ellos el estudiante Bill Harper, que encontró en el césped un trozo del cráneo de JFK.

Unos segundos antes, **una fina capa de yeso había caído sobre la cabeza** del empleado afroamericano **Bonnie Ray Williams**, que se había asomado a una ventana del quinto piso del almacén de libros para ver a JFK. El yeso se había **desprendido por el estruendo de tres disparos** cuyos casquillos oyó caer su colega Harold Norman en el piso de arriba: el lugar donde la policía encontró el rifle de Oswald y un muro de cajas de libros protegiendo la ventana desde la que disparó.

El primer policía que entró en el edificio fue el agente Marrion Baker, que enseguida pensó que los disparos podían venir de la azotea del almacén. De la mano del conserje y con el revólver en la mano, Baker subió por las escaleras consciente de que no tenía un minuto que perder. Al llegar al segundo piso, vio por un ventanuco a **un hombre con expresión indiferente** que se dirigía a la sala donde almorzaban los empleados. Le gritó que viniera y preguntó al conserje, que enseguida **reconoció a Lee Harvey Oswald** y le dio permiso para salir.

Una empleada recuerda al magnicida con un refresco en la mano y murmurando una respuesta indescifrable al decirle que habían disparado al presidente. Nueve minutos después, Oswald golpeó en la puerta de un autobús a siete manzanas del edificio. Pero enseguida se bajó al comprobar que se encontraba atrapado en el atasco y no podría llegar hasta su pensión en el barrio de Oak Cliff. «**Me preguntó a qué viene tanto lío**», le dijo el **conductor del taxi** en el que se subió unos minutos después. Acalorado y sin dirigirle la palabra al taxista ni a la propietaria, Oswald cogió en la pensión el revólver con el que asesinó unos minutos después al agente que le dio el alto y con el que intentó resistirse durante su detención.

Oswald llamó la atención del dependiente de una zapatería de Jefferson Boulevard. «**Su pelo estaba alborotado como si hubiera estado corriendo**», contaría unas horas después el vecino Johnny Brewer, que lo vio colarse en un cine donde proyectaban un programa doble con dos películas bélicas: 'Cry of Battle' y 'War is Hell'. Advertidos por Brewer y por la taquillera, varios agentes se arremolinaron en torno a las salidas de emergencia y arrestaron al asesino, que le dio un puñetazo a un policía e intentó echar mano del revólver en el momento de su detención.

El arresto de Oswald tuvo lugar 10 minutos antes de las dos de la tarde y casi una hora después de que los médicos certificaran el fallecimiento de JFK. Su cuerpo había llegado al hospital de Parkland seis minutos después del último disparo. «Déjenos sacar al presidente», le pidió el agente Emory Roberts a la primera dama, que permanecía sentada sobre un charco de sangre y se resistía a separarse de su esposo. El agente Clint Hill se dio cuenta de que Jackie no quería que la prensa fotografiara a su esposo en ese estado y cubrió con su chaqueta el cuerpo de JFK.

Un agente del servicio secreto vio entonces un casquillo de bala en el hueco de la capota y lo dejó sobre el asiento trasero de la limusina presidencial. Otro agente sin identificar **ordenó limpiar el vehículo ensangrentado con una fregona**. Un extremo que eliminó cualquier posibilidad de determinar la trayectoria de las balas y que sembró más dudas sobre la investigación. Los médicos hicieron lo posible por salvar la vida del presidente. Pero los expertos apuntan que llegó al hospital sin un tercio de su masa cerebral. Un médico le dio a Jackie la noticia y un sacerdote le administró a su esposo la extrema unción.

Las autoridades enseguida recordaron que las leyes exigían hacer una autopsia inmediata antes de levantar el cadáver del presidente. Pero la prioridad absoluta del servicio secreto era sacar de Dallas a Lyndon B. Johnson por miedo a que el magnicidio fuera el preludio de un ataque sobre la

ciudad. El problema era que **Johnson no quería irse sin Jackie** y que **Jackie no quería irse sin el cadáver de su esposo**. Así fue como el servicio secreto ignoró la advertencia del forense del condado y llevó el cadáver del presidente asesinado al compartimento posterior del Air Force One, donde esperaba desde hacía una hora Johnson listo para jurar.

El acto duró 28 segundos y lo presidió la jueza texana Sarah Judges. Las persianas de las ventanas estaban bajadas por miedo a un ataque y **Johnson no pronunció su juramento sobre la Biblia sino sobre un misal católico** que un asesor de Kennedy encontró en el dormitorio del avión presidencial. El avión despegó 13 minutos antes de las tres. Johnson empezó a preparar su primer discurso como presidente y Jackie se retiró al compartimento trasero donde se encontraba el ataúd. El médico de la Casa Blanca le sugirió que se cambiara pero ella respondió que no. «Quiero que vean lo que he hecho», dijo antes de beber el primer trago de whisky de su vida y decirle al portavoz de su esposo que se asegurara de que los periodistas supieran que estaba velando el féretro de su esposo: «**Vete a decirles que vine aquí atrás a sentarme con Jack**».

## La conspiración invisible

*Julio Martín Alarcón*

El Lincoln negro se desliza, casi al mismo ritmo de la carrera de una persona. Va totalmente descapotado, lo que, unido al soleado día en Dallas (Texas), ofrece una estampa inmejorable. Son las 12.30 del 22 de noviembre de 1963.

En la acera que está enfrente de Dealey Plaza, Abraham Zapruder graba toda la escena para estrenar una cámara Super 8 mm que acaba de adquirir. Casi cuando la limusina del presidente se acerca hasta su lugar, la imagen que graba se desenfoca brevemente. **Primera detonación**. «Oí lo que supuse que era un disparo de rifle. Pensé que procedía de detrás de mí, por encima de mi hombro derecho», recordaría el gobernador de Texas, John Connally, que iba en el coche con su mujer, sentado en la segunda fila de las tres del vehículo. La bala se pierde y golpea en el pavimento.

**Segundo disparo**. La Super 8 de Zapruder recoge poco después nítidamente el gesto del presidente llevándose las manos al cuello con signos de ahogo y dolor en el rostro. «**¡Han disparado a mi marido!**», grita Jacqueline. En el asiento de enfrente, el gobernador John Connally parece que tampoco se encuentra bien, está ladeado y también visiblemente dolorido. «Dios mío van a matarnos a todos», exclama, ya empapado en sangre, después de que una de las balas le alcance por la espalda y le salga por el pecho.

Entre la primera detonación y la segunda transcurren apenas cuatro segundos. Todo ocurre muy rápido. Jacqueline intenta en ese momento ayudar a su marido, que sigue ahogándose, mientras el coche avanza todavía bastante lento. Por su parte, el gobernador y su esposa están ya recostados sobre su asiento para evitar la línea de fuego: «Tiré de mi marido hacia mí para protegernos. No vi nada más, solo escuché los disparos».

Unos tres segundos después de la primera reacción del presidente, según el metraje de la cinta Zapruder, una nueva bala impacta brutalmente contra la cabeza de John. Jacqueline, horrorizada, grita entonces: «**¡Mi marido está muerto. Tengo su cerebro en mis manos!**», mientras intenta salir del coche trepando por la parte trasera. En ese instante, Clint Hill, un agente del servicio secreto, se encarama al coche por detrás y evita que Jackie, fuera de sí, salga del Lincoln.

Solo unos instantes después, el vehículo sale de Dealey Plaza y del objetivo de Zapruder. Varias versiones se pueden ver ahora en internet accediendo simplemente a Youtube.

La pregunta clave: ¿cuántos disparos hubo? La Comisión Warren, que investigó el magnicidio por orden del nuevo presidente, Lyndon B. Johnson, y denominada así porque la presidió el juez del Tribunal Supremo James Earl Warren, dictaminó en 1964 que fueron tres disparos —dos certeros, el segundo y el tercero—, todos obra de un tirador, Lee Harvey Oswald, que actuó solo y era un desequilibrado. Caso cerrado. O no. En 1976, un Comité de la Cámara de Representantes lo reabrió.

Tres años después, concluyeron que hubo cuatro disparos, probablemente dos tiradores y, por tanto, una conspiración.

### ¿Con quién lo hizo entonces Oswald?

Tras el tiroteo, el Lincoln abandonó, ya sí, a toda prisa el lugar. «El resto del camino fui abrazada a John, sujetándole la cabeza para impedir que se le saliera el cerebro», relataría más tarde la esposa del presidente. Después de una frenética carrera, [JFK](#) y el gobernador de Texas son sacados del coche a la puerta del hospital Parkland. Aunque no había ninguna esperanza, los doctores James Carrico y Malcom Perry, los primeros en atenderle, por ese orden, no dudaron en intentar lo imposible. Para reavivar el pulso y la respiración **decidieron practicarle una traqueotomía aprovechando la herida de la bala en la garganta de Kennedy, la única visible**, además del espantoso destrozo de la cabeza. Fue inútil, porque aunque le hubieran devuelto las constantes tenía medio cerebro fuera del cráneo y ya no existía actividad neuronal, como comprobaría el neurocirujano Kemper Clark. Alrededor de 40 minutos después, se abandonó todo intento y se consensuaron las 13.00, hora de Dallas, como el momento de defunción de JFK.

### Orificio de entrada, no de salida

Lo que no podían imaginar entonces James Carrico y Malcom Perry es que con la traqueotomía acababan de borrar una de las huellas clave para la autopsia. Tras la defunción del presidente, los doctores del Parkland dieron una rueda de prensa para informar sobre lo acontecido. En ella Malcom Perry afirmó que la herida de la garganta, que sólo él y Carrico pudieron examinar durante un breve lapso, era el orificio de entrada de una bala y no el de salida.

En ese mismo instante, el cuerpo del presidente volaba hacia el hospital de la Marina en Bethesda, Maryland, para practicarle la autopsia, después de un breve altercado entre el Servicio Secreto y el personal del Parkland, que insistió en hacerle la autopsia allí mismo, como establecían las leyes del estado de Texas.

La versión de los doctores del Parkland era relevante porque fueron los únicos médicos que observaron la herida antes de la traqueotomía, y resultaría más tarde problemática para el FBI, puesto que **no encajaría con un caso que prácticamente tuvieron cerrado en menos de 24 horas**. La policía de Dallas había detenido al supuesto autor, Lee Harvey Oswald, una hora y media después del tiroteo. Encontraron el arma homicida, un rifle Manlicher Carcano de cerrojo, en la misma sexta planta del edificio de Dallas desde donde se efectuaron los disparos. Poco después se comprobaría que lo había comprado Oswald con un nombre falso y que sus huellas estaban en el arma.

Varios testigos afirmaron haberle visto en esa planta instantes antes del tiroteo y, además, fue el único empleado que huyó tras el atentado. Apenas una hora después de los disparos, a las 13.30, **fue interceptado en la calle por un policía de Dallas, J. D. Tippit**, prácticamente al mismo tiempo en el que los doctores del Parkland daban su célebre rueda de prensa.

Oswald mató a Tippit con un revólver, como declararían varios testigos y huyó hasta un cine donde fue detenido. **Fue en un tiempo récord, las pruebas contra él eran evidentes, el caso parecía estar suficientemente claro**. Sin embargo, Arlen Specter, el ayudante del fiscal que interrogó a los doctores Carrico y Perry como asistente de la Comisión Warren, responsable además de la teoría de la bala solitaria, tuvo que hacer encaje de bolillos: la herida en la garganta de Kennedy, debajo de la nuez, tenía que ser un orificio de salida, sencillamente, porque Oswald disparó desde el sexto piso del almacén, detrás del presidente, y no delante de él. La apreciación de los médicos echaba por tierra esa posibilidad.

Les interrogó haciéndoles saber las evidencias que tenían contra Oswald:

— «¿Teniendo en cuenta su apreciación de la herida de la garganta podría decir si era un orificio de salida o de entrada?».

A lo que ambos doctores, por separado, contestaron que teniendo en cuenta lo que habían visto, podía ser tanto de entrada como de salida.

La respuesta siguió sin ser suficiente para Specter, que insistió:



— «¿Sabiendo como saben ahora que sólo se disparó un arma desde el sexto piso del almacén de libros — seguido de una detallada explicación de la teoría de la bala mágica— podrían decir que la herida del presidente era un orificio de salida?».

A lo que Carrico y Perry acabaron contestando que sí, que en ese caso, podría ser un orificio de salida...

El testimonio de los médicos del Parkland, más allá de las posibles evidencias forenses, indica, sobre todo, la forma en la que actuaron los investigadores de la comisión y los agentes del FBI durante los meses en los que reunieron pruebas para el esclarecimiento del asesinato: más que trabajar para recabar información relevante, lo hicieron para consolidar la versión del único sospechoso: L. H. Oswald, establecida en las 24 horas después del asesinato.

Discriminaron los testimonios de los **testigos que afirmaron oír disparos desde la valla de madera en el montículo del Grassy Knoll, enfrente del coche** en el que viajaba el presidente, un emplazamiento totalmente diferente del de la ventana del sexto piso del almacén de libros de Dallas. En algunos casos incluso los alteraron, según denunciaron a la prensa años más tarde personas como Lee Bowers.

Es improbable, cuando no imposible, afirmar que tantos agentes del FBI, los que interrogaron a los testigos, los encargados de hacer las pruebas de balística con el rifle de Oswald... En definitiva, que un equipo que involucró a más de un centenar de miembros de su personal estuviera implicado en una conspiración.

### **Oswald, el tirador solitario**

Sin embargo, lo que es indudable es que se respaldó desde el minuto uno la versión del tirador solitario, L. H. Oswald, que **fue asesinado, además, sólo dos días después del magnicidio**, mientras las cámaras de televisión retransmitían en directo a todo el país su traslado desde la comisaría central de Dallas. Su asesino, Jack Ruby, dueño de un local nocturno de la ciudad, dijo haberlo hecho para ahorrar el mal trago de un juicio a la viuda Jackie Kennedy y para «redimir» a la ciudad de Dallas.

Lo más llamativo no fue que Ruby pudiera colarse con un arma delante del asesino del presidente sino que, en su mayoría, el país aceptara la **conclusión presentada por la Comisión Warren en septiembre de 1964**, en la que se estableció que Oswald había actuado solo disparando tres balas desde el sexto piso —que coincidían con los tres casquillos hallados en el almacén— y que Ruby no había matado a Oswald con el objeto de silenciar una posible conspiración.

Sólo dos años más tarde, en 1966, algunos periodistas e investigadores privados decidieron hincarle el diente a los 26 volúmenes que había presentado la Comisión Warren con las evidencias sobre las que se basaban sus conclusiones. **Comenzaron a aparecer los críticos y los teóricos de la conspiración**. Toneladas de papel y tinta se han vertido desde entonces desautorizando las conclusiones de aquella primera Comisión, sobre todo la teoría de la bala solitaria de Arlen Specter. La única investigación de relevancia durante los 60 la llevó a cabo Jim Garrison, fiscal del distrito de Nueva Orleans, que encontró **lazos entre Oswald y el movimiento anticastrista**, a través de tres oscuros personajes: David Ferrie, Guy Bannister y Clay Shaw. Su testigo estrella, David Ferrie, que reconoció haber tratado con Oswald y pertenecer a un grupo anticastrista, se suicidó antes de subir al estrado; Bannister, un ex oficial del FBI involucrado en oscuras tramas había muerto unos años antes, y Shaw, previsiblemente, salió libre de toda sospecha de haber conspirado para matar a Kennedy en 1968. El caso se olvidó hasta que Oliver Stone lo rescató para su película 'JFK, caso abierto', en 1991.

Sin embargo, Garrison había entrado en terreno pantanoso cuando descubrió los posibles lazos de Oswald con los anticastristas. No en vano, su senda probaría ser la más transitada, ya que poco a poco todas las investigaciones documentadas sobre el asesinato de Kennedy, aunque de diferente signo, acabarían llevando casi siempre al mismo nudo gordiano: Cuba y las relaciones con EEUU.

Desde las **operaciones de la CIA contra Castro y las de la propia Mafia, hasta una combinación de ambas**. La Cosa Nostra se había quedado sin su centro recreativo de juego y lavado de dinero tras la revolución del líder cubano y la expulsión del dictador Juan Fulgencio Batista. La CIA había perdido, a escasos kilómetros de su país, un territorio que acabaría siendo aliado de sus enemigos soviéticos.

El telón de fondo estaba claro: primero el **escándalo en 1961 de Bahía de Cochinos**, un plan de invasión de Cuba por parte de rebeldes anticastristas a los que el director de la CIA, Allen Dulles, había dado apoyo con el objetivo de derrocar a Castro. El plan se gestó durante el último año de Eisenhower y aunque Kennedy lo autorizó, acabaría prohibiendo el indispensable apoyo aéreo de EEUU a los rebeldes. La invasión resultó un fracaso y la posición de EEUU, a pesar de los intentos de Kennedy, quedó comprometida. Allen Dulles, que formaría parte de la Comisión Warren, fue cesado.

En segundo lugar, y más crucial, fue la **Crisis de los Misiles de Cuba con la URSS en octubre de 1962**. Tras 13 días de tensa negociación en los que la temida Guerra Nuclear fue una realidad por las instalaciones de bases de misiles soviéticos en Cuba, JFK conjugó la amenaza firmando un pacto secreto con Krushev. Consistió en ceder las bases de misiles en Turquía al tiempo que se comprometió a que EEUU no intentaría jamás derrocar a Castro. Los rusos por su parte, retiraron los misiles de Cuba.

El caso **Kennedy dio un vuelco a partir del escándalo Watergate**. Las mentiras de Nixon, el espionaje al Partido Demócrata y la dudosa financiación de su comité para la reelección encendieron todas las alarmas del país. La puntilla la puso la CBS, cuando en 1975 emitió por primera vez en TV para todo el país la cinta Zapruder, la hasta entonces enigmática grabación de Super 8 mm.

### **La grabación de Zapruder**

La cinta sólo la habían podido ver los investigadores del FBI, la Comisión Warren y algunos periodistas e investigadores elegidos que tuvieron acceso o bien a la copia que compró esa misma mañana la revista 'Life' —y de la que sólo había publicado unos fotogramas en blanco y negro— o bien a la que le fue entregada al fiscal Jim Garrison, que la filtraría a algunos investigadores privados tras el fallido juicio en Nueva Orleans.

Coincidencia o no, el destino había querido que fuera Gerald Ford, uno de los miembros de la originaria Comisión Warren, quien tuviera que lidiar de nuevo con la muerte de JFK. Ford, vicepresidente de Nixon, había heredado los jirones de la presidencia tras el escándalo Watergate y la subsiguiente dimisión de 'Dick, el tramposo' en 1974, jurando como el 38 presidente de EEUU.

**El escándalo Watergate llevó a crear un comité del senado denominado Church** —por el senador Frank Church—, destinado a **examinar las operaciones encubiertas de la CIA, la NSA y el FBI para asesinar a líderes extranjeros**; mientras que el presidente Gerald Ford tuvo que crear la denominada **Comisión Rockefeller**, con el objeto de responder a otras operaciones de la CIA y a la cuestión de la herida en la cabeza de Kennedy, tras la alarma suscitada por el visionado de la cinta Zapruder.

El 'Comité Church' descubrió, de hecho, que EEUU, a pesar del tratado secreto con la URSS, siguió realizando una serie de operaciones encubiertas en Cuba denominadas genéricamente 'Operación Mangosta', con el objetivo de **asesinar a Castro y sabotear por todos los medios posibles su régimen comunista**. Es decir, lo que se habían comprometido a no hacer con la URSS. Con todo, la Cámara de Representantes creó un Comité Selecto para el esclarecimiento del asesinato de JFK y Martin Luther King. A diferencia de la 'Comisión Warren' que resolvió el caso en diez meses, tardaron cuatro años, tiempo en el que tuvieron acceso a las pruebas y evidencias que los teóricos de la conspiración no pudieron. Su presidente, Robert Blakey, anunció las sorprendentes conclusiones en 1979: **hubo cuatro disparos, no tres, y un segundo tirador, y por tanto, una posible conspiración**.

La prueba fundamental consistió en la grabación de una de las radios de una de las motos de la policía de Dallas que acompañó al desfile. La radio se quedó encendida en el canal 1 hacia las 12.30, instantes antes del tiroteo y registró las detonaciones —unos pequeños impulsos— en la cinta de la central policial de Dallas. Comprobaron que fueron cuatro y no tres detonaciones. Las dos últimas eran prácticamente simultáneas, por lo que era imposible que fueran realizadas con el fusil de cerrojo de Oswald. Hicieron estudios de acústica basados en la posición de la moto y concluyeron que los tres primeros disparos procedieron de la sexta planta del edificio de Dallas, tal y como dijo la Comisión Warren, pero no el cuarto, que procedía de la valla del Grassy Knoll, con una «probabilidad del 96%». **El Comité del Congreso respaldaba así el testimonio de testigos como Lee**

**Bowers, que el FBI había rechazado** 15 años antes y que afirmaban haber escuchado disparos e incluso destellos o humo desde aquella zona.

Sin embargo, los forenses consultados, aunque en su mayoría criticaron la forma en que se llevó a cabo la autopsia, coincidieron en lo esencial con todos sus predecesores: la herida de la cabeza que mató al presidente la provocó una bala disparada desde arriba y atrás, y el orificio de la garganta era de salida, consecuencia de una bala que había entrado por la parte posterior del cuello. Respaldaron la **versión de la 'bala mágica'** que había herido a Kennedy y Conally. En resumen, Oswald no era el único autor de los disparos, pero fueron sus dos balas las que hirieron y mataron a Kennedy. El cuarto disparo, del segundo tirador, simplemente falló.

¿Quién ayudó o dirigió a Oswald entonces?

Durante la presentación de las conclusiones del comité, Robert Blakey, explicó que, aunque no disponían de evidencias suficientes, el capo de la Mafia de Lousiana, Mississippi y Texas, Carlos Marcello, tuvo «los motivos y la oportunidad de hacerlo» y pedían al FBI que investigaran esta posibilidad. A título personal, Blakey dejó caer a la prensa que él creía que había sido una conspiración ordenada por la Mafia. Más tarde escribiría un libro explicando sus afirmaciones.

Ninguna de las investigaciones que han continuado el trabajo de Blakey, Garrison u otras posibilidades han podido ser demostradas, puesto que **no se ha condenado a nadie por participar en la conspiración para matar al presidente**. Sin juicio es imposible determinar qué ocurrió ya que sigue habiendo autores como Gerald Posner o Vincent Bugliosi, que respaldan la versión del asesino solitario. Aún así, la **desclasificación de todos los documentos relativos al asesinato de Kennedy en 2017**, tal y como establece la 'JFK Assassination Records Collection Act' aprobada en 1992, parece que podría arrojar nuevos datos a un caso hasta ahora irresoluble al 100%. Entre ellos, los más de 1.000 documentos que aún no ha querido hacer públicos la CIA.

## Nueve cosas que quizá no sabe

**Eduardo Suárez**

### 1. Jackie en español

John F. Kennedy y su esposa escucharon la serenata de unos mariachis la víspera del magnicidio. Ocurrió en el salón Rice de la ciudad de Houston durante un acto electoral con miles de personas convocadas por la asociación hispana más importante del país. A los organizadores se les había advertido de que haría lo posible por acercarse, pero la mayoría había perdido la esperanza de verle. «El servicio secreto nos había dicho que era posible pero que no lo anunciáramos porque no era parte de su programa oficial», decía en 2012 el activista Alexander Arroyos. **La visita apenas duró unos minutos** porque el presidente y su esposa aún tenían que volar rumbo a Fort Worth. Kennedy mencionó los lazos entre EEUU y Latinoamérica. Pero no recibió una ovación tan calurosa como su mujer, que sorprendió a los asistentes con un breve discurso en español. «Estoy muy contenta de estar en el gran estado de Texas celebrando la noble tradición española (...). Esta tradición comenzó 100 años antes de que se colonizara el estado de mi marido pero es una tradición que se mantiene viva y vigorosa», proclamó horas antes de enviudar.

### 2. La bienvenida del diario local

El entorno de Kennedy había sopesado la posibilidad de dejar Dallas fuera del programa oficial del viaje por la reputación extremista de la ciudad, donde abundaban los ultras que defendían la segregación racial. Quizá por eso el diario conservador Dallas Morning News quiso recibir al presidente con un editorial conciliador. «Dallas deja a un lado sus divisiones afiladas hoy a mediodía para extender su mano de amistad al presidente de EEUU y a su atractiva mujer», arranca el autor del texto antes de añadir que espera que «demócratas, republicanos e independientes se unan en una bienvenida genuinamente cordial». El director de arte del periódico había empezado a diseñar una portada jubilosa para el día siguiente cuyo boceto se puede ver en el museo del magnicidio de la ciudad. Pero la edición del día de la visita incluía **un anuncio amenazador firmado por Bernard Weissman y sufragado por un grupo ultraconservador**. Costó 1.465 dólares y recibió



la aprobación de Edward Musgrove Dealey, que ejercía entonces como editor. El editorial del diario termina con un deseo que suena irónico cinco décadas después: «Dallas espera, señor presidente, que su breve interludio aquí sea agradable. Este diario, junto con miles de personas en esta región, ha discrepado de usted en muchas de sus políticas pero nuestra oposición no es personal».

### 3. El primero en informar

La noticia del magnicidio estará asociada para siempre al reportero Albert Merriman Smith (1913-1970), cuyo talento le llevó a ser el primero en informar de que habían disparado contra Kennedy. Smith trabajaba como corresponsal en la Casa Blanca para la agencia UPI y no era la primera noticia importante que daba antes que los demás. **Había anunciado la muerte de Franklin D. Roosevelt** y se había roto una clavícula en una carrera por los pasillos de la Casa Blanca por desvelar el final de la II Guerra Mundial. A Smith lo acompañaban aquel día los periodistas Bob Clark (ABC News) y Jack Bell (AP) en un vehículo que circulaba seis coches por detrás de la limusina presidencial. Se suponía que las dos grandes agencias (UPI y AP) debían turnarse en el asiento que daba acceso al teléfono portátil. Pero **Smith se saltaba los turnos por sistema y así lo hizo aquella mañana de 1963**. «Oímos el primer ruido y alguien dijo: '¡Dios mío! ¡Una pistola debe de habersele disparado a un policía'», recordaba Clark años después. Fue Smith el primero en decir que eran disparos. Entre otras cosas por su pasión por las armas de fuego, que le había llevado a entrenarse a menudo con el servicio secreto y reunir una formidable colección de armas. Esperó dos minutos antes de coger el teléfono del coche y al hacerlo sufrió problemas técnicos para transmitir. Al otro lado se encontraba el jefe de la delegación de Dallas, que a duras penas logró difundir el primer teletipo: «Tres disparos dirigidos a la comitiva del presidente Kennedy en el centro de Dallas».

Entretanto Smith sufrió la cólera de su colega Jack Bell (AP), que empezó a darle collejas y puñetazos en los hombros ansioso por transmitir la información que daba su rival. Smith se acurrucó en el asiento delantero y no soltó el auricular hasta asegurarse de que había dictado la noticia. Al llegar al hospital, vio al presidente cubierto por una chaqueta y tendido sobre el regazo de la primera dama y le preguntó a su amigo el agente Clint Hill si había sufrido heridas graves. Hill le dijo que estaba «muerto». Pero Smith sólo tenía esa fuente y no anunció el fallecimiento. Le pidió el teléfono al recepcionista y dictó el primer teletipo que dio la medida de la tragedia: «Kennedy herido grave, quizá herido de muerte por la bala de un magnicida». **Ganó un Premio Pulitzer por su cobertura**. Siete años después, se suicidó unas horas después de conocer la muerte de su hijo en Vietnam.

### 4. El peligro nuclear

El magnicidio suscitó de inmediato una peligrosa incertidumbre sobre la cadena de mando militar. Varios oficiales del Pentágono llamaron al hotel Sheraton de Dallas, donde estaba registrado el equipo del presidente, preguntando quién estaba al cargo de la situación. Alguien les aseguró que el secretario de Defensa, Robert McNamara, era ahora «el presidente». Una información errónea que podía haber desencadenado un conflicto nuclear. Para entonces **Lyndon B. Johnson ya era presidente pese a no haber cumplido con la formalidad de jurar el cargo**. Pero durante muchos minutos estuvo separado del oficial Ira Gearhart, que era el responsable de transportar un maletín de unos 15 kilos con los códigos necesarios para lanzar un ataque nuclear. «Si el magnicidio hubiera sido el fruto de una conspiración soviética o si los comunistas hubieran decidido capitalizar el caos, EEUU habría sufrido una desventaja mortífera», explica a EL MUNDO Larry Sabato, politólogo y autor del libro 'The Kennedy Half-Century' (2013).

### 5. Lágrimas en el avión

El vuelo del Air Force One entre Dallas y Washington duró dos horas y seis minutos. Antes de despegar, Johnson **juró el cargo con la mano sobre el misal católico del presidente**. Jackie Kennedy enseguida se retiró al compartimento trasero, donde los agentes del servicio secreto habían colocado el féretro y donde la acompañaban amigos como Kenneth O'Donnell o Malcolm Kilduff. Según cuenta el historiador Robert Caro en su libro 'The Passage of Power' (2012), el despegue fue vertiginoso y el piloto advirtió que volaría más alto que de costumbre para evitar los tornados que ese día asolaban el sur del país. El Air Force One estaba dividido en tres compartimentos. En el primero escribían sin descanso los reporteros Charles Roberts ('Newsweek') y Albert Merriman

Smith (UPI) y lloraban la secretaria del presidente Evelyn Lincoln y la de su esposa, Patricia Turnure, con la que JFK se había acostado en alguna ocasión. «Era mi primer viaje político y estoy muy contenta de haber venido. Imaginad que no hubiera estado aquí con él», decía Jackie a su entorno más íntimo mientras **velaba el cadáver junto al dormitorio del avión presidencial**. Unos minutos después del despegue, alguien decidió abrir una botella de whisky escocés y le ofrecieron un trago. Era la primera vez que lo bebía y dijo que sabía a medicina. Nunca le terminó de gustar. Pero desde entonces ese fue el único whisky que bebió. Según explica el historiador Caro, «como una especie de recordatorio de las cosas que sentía que no debería olvidar».

### 6. Un funeral al estilo de Lincoln

Jackie Kennedy enseguida asumió la misión de honrar a su esposo y empezó los preparativos para su funeral. Al enterarse por su cuñado Bobby de la identidad del asesino, la esposa del presidente sintió una fuerte decepción: «Ni siquiera tuvo la satisfacción de ser asesinado por los derechos civiles. Tuvo que ser un comunistilla tonto y eso le roba a su muerte cualquier significado». Quizá por eso Jackie puso un empeño especial en diseñar el sepelio a imagen y semejanza del de Abraham Lincoln, que murió asesinado en un teatro de Washington unos meses antes del final de la Guerra de Secesión. Un empleado de la Casa Blanca telefoneó casi de madrugada al historiador James Robertson para advertirle que la primera dama quería organizar un funeral similar al de Lincoln. Robertson explicó que **lo primero que debían hacer era reunir cientos de metros de tela negra con los que decorar los balcones y salones del Capitolio**. Luego salió hacia la Biblioteca del Congreso, donde encontró con una linterna dos revistas que mostraban los detalles de las exequias en 1865. Unos minutos después, llegó al salón oriental de la Casa Blanca, donde los empleados habían colocado el catafalco que había sostenido el féretro de Lincoln.

El cadáver de JFK fue expuesto varias horas en la Casa Blanca y bajo la cúpula del Capitolio. Su funeral se celebró en la catedral católica de Washington y sus restos mortales **recibieron sepultura en el cementerio militar de Arlington**: el mismo lugar donde serían enterrados Jackie y su hijo John John. «Organizar aquel funeral fue el mejor servicio que la primera dama le hizo a la nación», explica a EL MUNDO el politólogo Larry Sabato. «Ayudó a tranquilizar a la ciudadanía en aquel momento de dolor».

### 7. El enigma de Ruby

Jack Ruby se había criado en una familia judía de Chicago. Los policías de Dallas visitaban a menudo su club de strip-tease y tenía buenas relaciones con el crimen organizado. Dos detalles que han llamado la atención de los investigadores, que han interpretado muchas veces el asesinato de Oswald el 24 de noviembre como un intento de silenciar una conspiración. Un análisis minucioso del perfil y de la conducta de Ruby ofrece una idea muy distinta. **El club de Ruby había cerrado en señal de respeto por la muerte del presidente** y una de sus empleadas le había llamado diciendo que no tenía dinero para pagar su hipoteca. Ruby se acercó aquella mañana a la oficina de Western Union para enviarle un giro postal que le permitiera pagar el mes. La policía había anunciado que el traslado de Oswald a la cárcel del condado tendría lugar antes de las 10 de la mañana. Pero todo se demoró por la decisión del inspector de hacerle algunas preguntas y por el deseo del sospechoso de cambiarse de ropa.

Ruby ni siquiera se había despertado a las 10 de la mañana y a las 11.17 todavía estaba en la oficina de Western Union. Cuatro minutos después de sellar el giro postal, **disparó a Oswald en el sótano de la comisaría de Dallas**. Un relato que no concuerda con un crimen premeditado y sí con el carácter impulsivo de Ruby, que luego atribuiría su instinto asesino a la ira que sintió al ver la sonrisa de suficiencia del magnicida: «Cuando vi que la señora Kennedy iba a volver a Dallas y aparecer en un juicio, me dije a mí mismo: ¿Por qué debería pasar por ese calvario por culpa de este hijo de puta?».

### 8. El triste entierro de Oswald

Lo celebró el pastor protestante Louis Saunders el 25 de noviembre de 1963. Saunders llegó al cementerio de Rose Hill en Fort Worth pensando que las exequias fúnebres las oficiaría dos colegas luteranos. Pero la madre de [Oswald](#) le dijo que se habían echado atrás al saber que sería una ceremonia al aire libre por miedo a la irrupción de un francotirador. Saunders se había dejado la

Biblia en el coche. Pero hizo lo posible por cumplir con el deber cristiano de dar sepultura al cadáver. Recitó de memoria el salmo 'El señor es mi pastor, nada me falta' y después un breve fragmento del Evangelio según San Juan. «La señora Oswald me dice que su hijo era un buen chico y que le quería y hoy, Señor, nosotros entregamos su espíritu a tu divino cuidado», dijo el pastor en su breve oración antes de explicar a los periodistas que no estaba allí «para juzgar» al fallecido. El funeral lo organizó el servicio secreto y seis reporteros se vieron obligados a cargar con el féretro al no haber más personas disponibles. Apenas había dos coronas de flores: una de claveles blancos y otra de claveles rojos a nombre de una tal Virginia Leach.

### 9. El destino de los objetos

El misal sobre el que juró Lyndon B. Johnson está expuesto en su biblioteca presidencial en Austin. El avión presidencial que transportó a Washington el féretro de Kennedy siguió volando hasta 1998 y se puede contemplar en el Museo Nacional de la Fuerza Aérea de EEUU en la localidad de Dayton (Ohio). La pistola con la que Jack Ruby mató a Oswald se encuentra en paradero desconocido. Un promotor inmobiliario la compró en una subasta en 1991 e intentó venderla hace apenas cinco años en una subasta en Las Vegas. Pero **no aceptó los 750.000 dólares que le ofrecían** diciendo que no la vendería por menos de un millón. El quirófano donde atendieron al presidente ya no está en el hospital de Parkland. Todos sus elementos se trasladaron a un complejo subterráneo de los Archivos Nacionales en la localidad de Lenexa (Kansas) donde no se pueden visitar.

Los trajes del presidente y la primera dama se conservan en la sede central de los Archivos Nacionales en College Park (Maryland). El conjunto rosa de Jackie está **todavía ensangrentado en una habitación especial donde el aire se cambia seis veces por hora** y siempre hay un 40% de humedad. Por decisión de su hija Caroline, el traje no se podrá mostrar en público al menos hasta 2103. Un extremo que concuerda con la actitud de la familia Kennedy en relación con otros objetos ligados al magnicidio. Lo que no se conserva son sus guantes blancos ni el sombrero de Jackie, adquirido también en la boutique neoyorquina Chez Ninon.

## Asesino Oswald

**María Ramírez**

La disfuncional vida del veinteañero estuvo a punto de enderezarse gracias a una mujer. Frustrado y violento, encajaba en el perfil de asesino, pero 50 años después aún faltan respuestas sobre su relación con los servicios secretos de Rusia y EEUU.

La Nochevieja de 1960, Lee Harvey Oswald volvió a su apartamento paseando por la orilla nevada del río de Minsk después de haber cenado en casa de la hospitalaria familia su amada, Ella German. Feliz, **esa noche decidió que se quería casar con Ella, la mujer que tal vez pudo cambiar la Historia**. La había conocido la primavera anterior en la fábrica de radios y televisiones donde el KGB había mandado al estadounidense, **ex marine y desertor**. Oswald, que ya había intimado con varias colegas, admiraba a la inocente Ella. En su diario la describió como una «belleza judía de pelo negro sedoso con bonitos ojos oscuros, piel tan blanca como la nieve, una bella sonrisa y naturaleza buena, pero impredecible». «Su único defecto es que con 24 años sigue siendo virgen y sólo porque ella quiere. La conocí cuando vino a trabajar a nuestra fábrica. Me fijé en ella y tal vez me enamoré en el primer minuto», escribió Oswald.

En Año Nuevo le propuso matrimonio. **Ella dudó y al final lo rechazó**. Dijo que creía no estar tan enamorada y que temía que un día lo deportaran por ser estadounidense. «Si te casas conmigo, pediré la ciudadanía soviética», le dijo Oswald, que entonces estaba en un limbo legal. Ella nunca hubiera accedido a dejar Minsk y habría intentado que él no regresara a EEUU. «Ése fue el momento en el que Oswald hizo el esfuerzo más sincero por encontrar un hogar. Si se hubiera construido una vida ahí con Ella la Historia habría sido diferente», explica a El MUNDO Peter Savodnik, el autor del nuevo libro sobre los tres años que pasó Oswald en la antigua Unión Soviética, 'The Interloper'. El investigador ha entrevistado a Ella, ahora una setentona que sigue viviendo en Minsk y que es «muy amable, muy maternal». «No sabía qué hacer con Oswald, que era un espectáculo por ser

extranjero. Como la mayoría de la gente en Rusia, es muy escéptica y cree que, como poco, Oswald fue utilizado como parte de una conspiración. No logra reconciliar al asesino con su idea de un hombre amigable e incluso decente», cuenta Savodnik. Si pudiera volver atrás, dice que probablemente se casaría con Oswald.

El joven había tenido una infancia difícil por la muerte de su padre dos meses antes de que él naciera y la inestabilidad de su madre. **A los 17 años, ya se había mudado 20 veces entre Dallas, Forth Worth, Nueva Orleans y Nueva York**, y había pasado tres semanas en un centro de detención de menores. Desesperado por alejarse de la familia, se alistó en los marines. Entonces, según él, ya había empezado a leer sobre el marxismo después de que le dieran un panfleto sobre Julius y Ethel Rosenberg, ejecutados por espionaje a favor de la URSS. Escribió al partido socialista americano para unirse a su liga juvenil y se fue a California, donde lo asignaron a un carguero. El barco lo llevó a Japón, donde Oswald **trabajó como operador de radar para los aviones espía U-2**.

Fue sancionado varias veces por sus explosiones violentas. Cuando lo mandaron de vuelta a California, su única obsesión era marcharse a la Unión Soviética y no la disimulaba. Ponía canciones en ruso que se oían desde fuera de los barracones y **llamaba «camarada» a los compañeros**. Algunos lo apodaron Oswaldskovich'.

En septiembre de 1959, se embarcó hacia Francia en teoría con el propósito de estudiar en Suiza. Pero acabó en un tren de Helsinki a Moscú. **Recién cumplidos los 20 años, se presentó en la embajada de EEUU anunciando que renunciaba a su ciudadanía**. Cuando el KGB no se mostró interesado en él y quiso devolverlo a su país, se cortó la muñeca izquierda en un intento de suicidio y eso detuvo la operación. Consiguió quedarse y, para que molestara lo menos posible y estuviera lejos de los periodistas occidentales, las autoridades rusas lo mandaron a Minsk.

Uno de los enigmas sobre la vida de Oswald fue su relación con los servicios secretos rusos. Marina Prusakova, la mujer que se acabaría casando con él, es sospechosa de haber sido reclutada como espía. El KGB sólo lo controlaba y transcribía hasta sus conversaciones en la cama, aunque él **anunció estar dispuesto a dar información sobre los aviones espía con los que había trabajado en Japón**. Uno fue derribado en mayo de 1960 en los Urales y su piloto, Francis Gary Powers, capturado. Cuando fue liberado un par de años después, el militar contó que en su interrogatorio había un oficial que parecía americano por el acento y que era «más tonto que el pomo de una puerta». La familia de Powers recuerda que cuando el piloto vio a Oswald en la televisión, antes del asesinato, se puso muy nervioso y dijo tener que «avisar a alguien».

Los compañeros y amigos de Oswald en Minsk sólo recuerdan que la captura del piloto inquietó a los estadounidenses. El joven empezaba a dudar sobre la URSS, inspirado en parte por conocidos a los que **se les había acabado el fervor revolucionario**. Cuando hablaba de política lo hacía en términos generales y sin ninguna animadversión concreta. «Oswald pensaba en la ideología, en los movimientos políticos y en la Historia. **Tenía ideas bastante incoherentes. No he encontrado que tuviera nada contra Kennedy**. Más bien, expresó una visión favorable», explica Savodnik. Una tía de Oswald testificó que el chico había hecho comentarios positivos sobre el presidente. Y un amigo de Forth Worth recuerda cómo en su casa había un especial sobre Kennedy de la revista 'Time' y su mujer, Marina, alababa al presidente y a Jackie.

Unos días después de que Ella le rechazara, Oswald escribió en su diario que quería marcharse de la Unión Soviética. De repente, aseguraba que Rusia había traicionado el verdadero marxismo. Ya estaba en trámites para volver a EEUU cuando, en marzo de 1961, conoció a Marina en un baile después una conferencia sobre Naciones Unidas. Se casó con ella un mes después pese a seguir obsesionado con su primera y tal vez única amada. Escribió que se había casado con Marina para «hacer daño» a Ella.

### **Regreso a Estados Unidos**

Marina, que se había quedado sin padres y estaba acostumbrada a mudarse, empujó a su marido a volver a Estados Unidos. Regresaron, con ayuda del Departamento de Estado, un año después junto a su hija recién nacida. El salto fue un error. **Desde que desembarcó en un puerto enfrente de Manhattan el 13 de junio de 1962, Oswald se mostró violento y errático**. El día que llegó se enfadó

porque no había periodistas esperándole y ya se había preparado las respuestas. En los 17 meses hasta su muerte, cambió de casa una decena de veces y vivió del Estado.

Oswald empezó a pegar a su mujer. Peter Gregory recuerda cómo gritaba a Marina porque le habían ofrecido un trabajo en una farmacia o porque se había caído al suelo con su bebé. **A principios de 1963 compró con nombres falsos una pistola y un rifle y obligó a Marina a hacerle fotos** posando con ellas. En abril, intentó asesinar a Edwin Walker, un ex militar racista al que Kennedy había destituido. Falló, pero confesó a su mujer que había sido él e incluso la atormentó sugiriendo que quería matar a Nixon.

Su relación en aquellos meses con los servicios secretos estadounidenses sigue siendo uno de los puntos oscuros que han alimentado teorías conspirativas. El FBI lo interrogó dos veces. **Oswald dijo que no había trabajado nunca para el KGB, aunque no se quiso someter al detector de mentiras.** Las piezas encajan poco en su viaje a México en septiembre de 1963, cuando estaba a punto de nacer su segunda hija y él hacía planes para mudarse a La Habana o a Moscú. En la capital, los consulados de la Unión Soviética y Cuba rechazaron concederle el visado. Pero la identidad del hombre que hizo esas solicitudes se sigue disputando.

La CIA tenía cámaras ocultas y teléfonos pinchados en las representaciones de ambos países y confirmó que un tal Oswald había estado allí, pero incluyó en el expediente una foto de otra persona que nunca fue identificada. Puede que fuera un error burocrático, pero la agencia asegura que no encontró la foto del auténtico Oswald.

La mayoría de los documentos sobre Oswald en poder del FBI y la CIA podrían ser desclasificados en 2017, aunque algunos ya han sido destruidos. Al día siguiente del asesinato, Edgar Hoover llamó al presidente Johnson y le dijo que ni la foto ni una grabación de una llamada de alguien que se presentaba como Oswald en México correspondían al hombre detenido por asesinar a Kennedy. «Parece que fue otra persona la que estuvo en la embajada soviética», dijo Hoover. En esa conversación, grabada por Johnson, **hay 14 minutos borrados.** La Biblioteca Johnson asegura que se debe a que el equipo de grabación era de mala calidad.

Cuando el jefe de la CIA en México murió, el director de contrainteligencia voló allí para llevarse los contenidos de la caja fuerte de su enviado, una práctica chocante. El comité especial sobre asesinatos de la Cámara de Representantes no encontró nada sustancial en los papeles identificados por la agencia como el contenido de la caja fuerte. En los archivos de EEUU hay ya cinco millones de documentos públicos sobre el asesinato. Los enigmas sobre Oswald se encuentran, en parte, en los 1.100 sin desclasificar.

## EEUU: Magnicidios y otros intentos

*María Jesús Hernández*

Abraham Lincoln, James A. Garfield, William McKinley y John F. Kennedy. Cuatro asesinatos que marcaron la Historia de EEUU. Pero pudieron ser más. Otros 6 presidentes fueron víctimas de un atentado, aunque a ellos les sonrió la fortuna.

Murieron un viernes, en presencia de sus esposas y de un disparo en la cabeza. **Abraham Lincoln y John Fitzgerald Kennedy** protagonizaron el primer y el último magnicidio que conmocionó EEUU. Cambiaron su Historia, pero no fueron los únicos. **James A. Garfield y William McKinley** les acompañan en esta macabra lista de presidentes asesinados donde comparten, además de preguntas sin respuestas, teorías y conspiraciones, un asesinato a punta de pistola. Junto a ellos, seis dirigentes más con los que la fortuna decidió aliarse.

Fue el 30 de enero de 1835 cuando **Andrew Jackson** se convertía en el primer presidente estadounidense en ser víctima de un atentado. Un joven pintor arruinado y con una enfermedad mental se dirigió hacia él en las cercanías del Capitolio y le disparó. Utilizó dos armas; ambas fallaron. Muchos culpan a la humedad de aquel día de la suerte del séptimo presidente de EEUU. El agresor acabó en un psiquiátrico después de que Jackson, cuenta la leyenda, le apaleara con su bastón.



«Perdona a tus enemigos, pero nunca olvides sus nombres», dijo John F. Kennedy. Y en este primer intento de asesinato, el nombre que hay que recordar es el de Richard Lawrence. Nada que ver su popularidad con la del siguiente magnicida en seguir sus pasos: John Wilkes Booth.

Defensor de la causa Confederada, este actor de Maryland eligió un teatro —el Ford— y la comedia musical 'Our American Cousin' como escenario para asesinar a **Abraham Lincoln**. Wilkes Booth se coló en el palco del presidente y le disparó por la espalda. «Sic semper tyrannis!» (así siempre a los tiranos) gritó antes de huir del recinto aquel Viernes Santo, 14 de abril de 1865 —fue abatido más tarde por la Policía—. El objetivo no sólo era el presidente: el secretario de Estado William H. Seward y el vicepresidente Andrew Johnson estaban en la lista. Pero los cómplices del actor no lo consiguieron.

Dieciséis años después, **James A. Garfield**, el vigésimo presidente de los EEUU, veía cómo su lugar al frente del país se reducía a unos pocos meses —lejos de los considerados breves mil días que Kennedy pasó en la Casa Blanca—. El 2 de julio de 1881, Charles J. Guiteau, un abogado frustrado al que no le había concedido el puesto solicitado, le abordó en la estación disparándole dos veces. Ninguna de las balas dañó órganos vitales, pero una poco acertada actuación de los médicos en busca de los proyectiles provocó su muerte dos meses después. La horca fue el destino de Guiteau. A diferencia de Lee Harvey Oswald, quien nunca llegó a confesar haber asesinado a John F. Kennedy, Leon Czolgosz no dudó en reivindicar su crimen: «Yo maté al presidente porque era un enemigo del buen pueblo». Este anarquista disparó a **William McKinley** el 6 de septiembre de 1901 en Buffalo, en la Exposición Panamericana. En esta muestra se presentaba la máquina de Rayos X y se apunta a que no fue utilizada con el presidente por miedo a sus efectos secundarios. Los médicos no consiguieron extraer una de las balas y falleció al cabo de los días.

Tras la muerte de McKinley, **Theodore Roosevelt** tomó el mando y como él, fue blanco de un atentado. Eso sí, vivió para contarlo... minutos más tarde y durante un mitin en Milwaukee. Fue tres años después de dejar la presidencia, el 14 de octubre de 1912. Otro anarquista, John Schrank, le disparó directamente al corazón mientras saludaba desde el coche presidencial —descapotable, igual que el del trigésimo quinto presidente, Kennedy—. El discurso de innumerables folios que llevaba apoyado en el pecho le salvó la vida. Theodore Roosevelt siguió con su agenda y dio el discurso mostrando el resultado de sus folios. Tras finalizarlo, se dirigió al hospital. Allí le aventuraron que podría ser peligroso sacar la bala por lo que permaneció en su cuerpo hasta su muerte.

Otro **Roosevelt**, **Franklin Delano**, también sobrevivió a su agresor, Giuseppe Zangara, quien le disparó durante un mitin en Miami. Una mujer consiguió desviar su trayectoria, salvando la vida del 32º presidente. Aún así, el alcalde de Chicago que se encontraba con él, resultó herido de muerte. Comparte con Kennedy una de las posibles 'teorías conspiratorias', la que involucra a la Mafia. En este caso, las sospechas recaen en ella porque el acto coincidía con la inmediata derogación de la Ley Seca.

«Acercar a su país la independencia». Esas eran las razones esgrimidas por los agresores de **Harry Truman**. Los puertorriqueños Oscar Collazo y Griselio Torresola intentaron atacar al presidente el 1 de noviembre de 1950 cuando éste se había trasladado a la residencia Blair-Lee, debido a que la Casa Blanca se encontraba en obras. No consiguieron atravesar la puerta, pero hubo dos muertos, un guardia y el mismo Torresola.

Tras ellos, llegó Dallas y la muerte de Kennedy. Cincuenta años después aquellas imágenes del presidente junto a su esposa en el coche siguen estremeciendo. El 22 de noviembre de 1963, EEUU y el mundo se paralizaron, pero los intentos de magnicidio no.

**Gerald Ford** y **Ronald Reagan** fueron los siguientes, pero sobrevivieron a sendos atentados, Ford incluso a dos. Con sólo 17 días de distancia —el 5 y el 22 de septiembre— y siempre con una mujer empuñando el arma. Lynette Fromme fue la primera; Sara Jane Moore, la segunda. Una se quedó sin balas, la otra no apuntó bien. A Reagan no le iban a dejar cumplir su día número 70 en la Presidencia. Él y su equipo fueron tiroteados en el Hotel Washington Hilton por un fanático de Jodie Foster. Afortunadamente, en esta ocasión, todos los heridos, incluido el presidente, consiguieron recuperarse.

## Más pragmático que idealista

Virginia Hernández

Fueron poco más de 1.000 días de Presidencia. Fue Jackie. La niña Caroline. Fue Camelot. Los derechos civiles. Sus famosas infidelidades. Vietnam. La Crisis de los Misiles... La figura de John Fitzgerald Kennedy queda atrapada en el halo del mito.

El joven John, al que los suyos llamaban Jack, no sabía bien hacia dónde dirigiría sus pasos. El heredero político de la familia Kennedy era Joe, **su hermano mayor**, del que esperaban que se convirtiera en el **mismísimo presidente de los EEUU**. La preparación académica de John, que era dos años menor, había seguido los pasos de la de Joe y los dos habían obtenido **excelentes calificaciones en Harvard**, uno de los centros educativos más prestigiosos de la nación (incluido en la llamada Ivy League) y con el **poso aristocrático del Este** que los Kennedy deseaban impregnar a cada uno de sus movimientos. Pero sería el primogénito quien cumpliría con las ambiciones no satisfechas del padre, que había sido embajador en Londres pero que hubiera deseado mucho más. La Segunda Guerra Mundial cambió los planes. Joseph P. Kennedy Jr. (1915-1944), el mayor de los nueve hijos de Joseph P. Kennedy y Rose Fitzgerald, perdió la vida en un accidente durante una misión secreta y John se convirtió en el hombre clave. En el **artífice de instalar al clan Kennedy en el poder** y romper con los límites —católicos e inmigrantes recientes— que había impedido a sus antecesores la verdadera gloria. «Era la familia por encima de todo, la raíz irlandesa, los genes de quienes no habían podido conseguir el poder en primera o segunda generación y se empeñan en que sus hijos lo logren. Y lo consiguieron», explica Felipe Sahagún, periodista y profesor de Relaciones Internacionales de la Universidad Complutense.

El que sería el presidente número 35 de EEUU empezó por **congresista**, siguió como **senador** y custodió las **llaves de la Casa Blanca** desde que el 20 de enero de 1961 pronunció aquel discurso en el Capitolio que preguntaba a los americanos qué podrían hacer ellos por su país y por extender la democracia (definida, obviamente, por EEUU) a lo largo del planeta. La familia, con **Jackie** y los dos niños, y sus hermanos, sobre todo Robert, su mano derecha, cumplían con el resto de la estampa. «Es importante recordar que dentro de la sociedad norteamericana la familia juega un papel fundamental. **Todos los presidentes apuestan por la familia como uno de los pilares** que les ayudan a presentarse como **hombres de hogar y hombres de la patria**. Y en eso Kennedy fue un gran político», añade Francisco Rodríguez Jiménez, profesor visitante en el Wetherhead Center for International Affairs de la Universidad de Harvard.

«A Kennedy uno de sus principales asesores le definía como **un idealista sin ilusiones**», asegura Rubén Herrero de Castro, analista político y profesor de la facultad de Políticas de la Complutense. «Llega a la presidencia rodeado de un halo inmenso de que es posible cambiar todo y va a descubrir que **es muy difícil cambiar las cosas**; que las cosas en política admiten márgenes de maniobra muy estrechos. Es un idealista pero se va quedando sin ilusiones», continúa este experto y se refiere, sobre todo, a sus decisiones y acciones en el exterior, el punto fuerte de su Presidencia frente a su debilidad interna.

Su victoria ante Richard Nixon fue por solo dos décimas (49,7% frente al 49,5% de su contrincante) y **muchas de las medidas revolucionarias** que había propuesto en su programa electoral, sobre todo las que tenían que ver con el desarrollo de los derechos civiles, **se iban descafeinando a su conveniencia** y a la de los sectores más conservadores del Partido Demócrata, que no eran en absoluto reacios a la segregación racial. Fue su sucesor, Lyndon B. Johnson, quien desarrolló las leyes para la integración de negros con blancos que sumaron puntos al mito de Kennedy. Johnson sacó adelante 160 normas frente a la única ley que consiguió JFK.

«Su estilo, su relación con los medios, sobre todo con la televisión, fue clarísimamente una revolución. Como lo fue también el estilo de los miembros de su Gabinete, gente de mucho prestigio y excelente formación. Pero, más allá del aspecto exterior, **descubrimos que hay más continuidad que ruptura**», describe Felipe Sahagún, que lo ve más como un pragmático que como un idealista. «Tenía en cuenta los límites en su forma de hacer política día a día. **En el asunto de los derechos civiles solo actúa cuando no le queda más remedio**. Cuando se plantea el desafío del

estudiante negro que quiere ingresar en la Universidad de Mississippi o ya en la Marcha de Washington».

«Es difícil hablar de luces y sombras de un presidente que apenas estuvo tres años en el poder», continúa Julio Cañero, director del Instituto de Investigación en Estudios Norteamericanos Benjamin Franklin, de la Universidad de Alcalá. «Desde un punto de vista romántico, siempre está bien considerado por la sociedad norteamericana. Pero desde la perspectiva de los **políticos o historiadores, él nunca está entre los grandes presidentes**. Él mismo llegó a decir que no era capaz de valorar a los otros presidentes porque, hasta que uno no llega al cargo, no sabe lo complicada que es la tarea».

Una visión romántica y contagiada, claro está, con el espíritu del joven presidente al que asesinan en Dallas, con una viuda desconsolada y un niño de solo tres años que recibe el paso del ataúd de su padre con un saludo militar. «Creo que si no le hubiesen matado, no se le atribuirían tantos logros», reconoce David García Cantalapiedra, profesor de Relaciones Internacionales de la Complutense y coordinador de su Master de Política Internacional. «Probablemente hubiese ganado en el 64 y entonces **habría tenido todos los efectos de guerra de Vietnam**. Eso no quiere decir que no hubiera sido reconocido como el primer presidente moderno. El que creó el **tipo de presidencialismo que hemos conocido después**».

«Es verdad que fue una persona muy bien preparada para el cargo —apunta Rubén Herrero— pero no supo aplicar esos factores positivos que tenía a la gestión de su cargo. Muchos se refieren a Kennedy, tratando de heredar su legado, como **alguien nuevo, diferente**. No nos olvidemos de que fue un presidente de EEUU más y **todos tienen una misión: que EEUU retenga la hegemonía global**. Y en ese sentido, el presidente Kennedy **aprobó el mayor rearme de la historia de EEUU**. Sin embargo hablaba de cosas diferentes, era un idealista sin ilusiones», insiste en la definición que el propio Kennedy hizo suya.

Francisco Rodríguez, de Harvard, habla de una personalidad compleja y contradictoria, que prestó al desempeño de su cargo: «En su vida personal parece impulsivo e irracional, sobre todo en cuanto a sus infidelidades y líos amorosos. Pero, en sus momentos políticos clave, **fue racional y tranquilo a la hora de tomar decisiones**. Estoy pensando en octubre del 62, cuando el mundo estuvo al borde de una guerra mundial catastrófica». Había aprendido la lección de Bahía de Cochinos (abril 1961), afirma Sahagún. «La forma en la que llevó la **Crisis de los Misiles** se ha convertido en el manual de gestión de conflictos, sobre todo por **cómo dejarte arrastrar por las fuerzas de la burocracia** o por los intereses ideológicos de un sector u otro». Un hombre que además supo ponerse en la piel de sus rivales. ¿Hay algo más pragmático que eso?

### Si Kennedy hubiese vivido...

**Víctor de la Serna**

La Historia paralela ejerce un atractivo irresistible sobre historiadores, novelistas y cineastas cuando hay un magnicidio de por medio, y ninguno ha resultado tan apasionante para muchos de ellos como el de John F. Kennedy.

Medio siglo más tarde, y con una larga serie de obras ya publicadas, **renace la 'kennedymanía'** y leemos nuevos trabajos sobre cómo podría haber sido la Historia de haber sobrevivido al atentado el presidente de Estados Unidos. Las conclusiones a las que llegan dos de los más notables trabajos son bastante diferentes y, si acaso, nos demuestran que a cada paso un hecho cualquiera, de escasas o de amplias dimensiones, puede cambiar la Historia, aun sin magnicidio.

Los estudiosos de la política exterior estadounidense **James G. Blight** y **Janet M. Lang**, hoy en la Universidad de Waterloo (Canadá), autores de media docena de libros sobre Kennedy y su política extranjera (el más reciente, 'The Armageddon Letters: Kennedy/Khrushchev/Castro in the Cuban Missile Crisis'), han publicado en la revista británica 'New Statesman' sus conclusiones sobre el escenario de un presidente vivo después del 22 de noviembre de 1963.

Condicionados por su especialización, se centran en política exterior, con sus puntos candentes de entonces: la URSS, Vietnam y Cuba. Concluyen que Kennedy, marcado por el desastre de Bahía de Cochinos y por la crisis de los misiles en Cuba, **habría continuado resistiendo** —como se sabe que hizo— **todas las presiones de los 'halcones'** que le rodeaban y no sólo se habría evitado la escalada en Vietnam, sino que Kennedy habría ordenado la retirada inmediatamente después de su reelección en 1964. Como Krushchev había interpretado de la misma manera la crisis cubana y quería evitar nuevas amenazas de guerra nuclear, opinan que el acercamiento habría sido rápido y que al final del segundo mandato, en 1969, **la Guerra Fría habría acabado, 20 años antes.**

Blight y Lang apenas si mencionan otros sucesos, como un agravamiento de la salud de Kennedy, en su visión tan esquemática de lo que podría haber sucedido. Sí que se fija en todos ellos el periodista **Jeff Greenfield**, cuyo libro 'If Kennedy Lived: The First and Second Terms of President John F. Kennedy: An Alternate History' apareció recientemente.

El propio Greenfield ha resumido los escenarios que plantea su libro en un artículo en el que concuerda en la probable aceleración de los procesos de paz, que **habrían evitado la polarización que Vietnam llevó a la sociedad norteamericana** y que ha persistido hasta hoy. Pero plantea muchas otras variables:

—¿Cómo podría haber sobrevivido Kennedy? Quizá habría bastado con que siguiese lloviendo sobre Dallas ese día: el techo de cristal del coche podría haber dificultado la visión del tirador.

— ¿Habría sobrevivido políticamente Lyndon Johnson? Se le investigaba por corrupción: ¿Cómo podía ser millonario quien había estado en cargos públicos toda su vida? Tras el drama se detuvo esa investigación para no agravar el trauma nacional.

—¿Se **habría avanzado a la misma velocidad en derechos civiles con Kennedy que con Johnson?** Greenfield lo duda. Johnson, que era de Texas y sabía cómo enfrentarse al racismo desde sus propios orígenes, era mucho más combativo en ese terreno que Kennedy, y no es seguro que con éste el Congreso hubiese aprobado el histórico Civil Rights Act de 1964.

—¿Habría acabado con la carrera de Kennedy antes de una probable reelección su escandalosa vida privada? El presidente y su hermano y secretario de Justicia, Robert, **lograron frenar con fuertes presiones las investigaciones periodísticas sobre su vida extramatrimonial.** No es seguro que eso hubiese continuado. Y, aun así, las múltiples y graves enfermedades y lesiones que Kennedy sobrellevaba a golpe de drogas, y de las que nada sabíamos entonces, quizá le hubiesen retirado casi tan eficazmente como las balas de Dallas.

## El asesino que fue Viernes

*Luis Martínez*

Las teorías sobre el asesinato de JFK configuran el terreno perfecto para un cine del miedo y la conspiración como reflejo paranoico del pensamiento moderno de la sospecha. «Un acertijo envuelto en un misterio dentro de un enigma»...

«It's a mystery, it's a mystery wrapped in a riddle inside an enigma!». En la voz de rata de Joe Pesci, el laberinto de erres y eses de la frase adquiere el brillo apagado de una amenaza. Casi de una profecía. Ocurre en 'JFK', de **Oliver Stone**, donde el actor da vida a David Ferrie, el hombre que mintió cuando negó conocer a Oswald. Se trata de una pista falsa más entre la multitud de caminos a ninguna parte que cruzan la frente del mayor magnicidio de la historia moderna. Y es ahí, en el mismo trabalenguas que Churchill empleó para referirse a su odiada e idolatrada Rusia, donde se adivina el sentido de un género cinematográfico (pues hablamos de cine) que **convirtió la sospecha, el miedo, la certeza de la incertidumbre, en su razón de ser.**

De alguna manera, el asesinato de Kennedy dio la razón a todos los que sospechaban. Eso, o simplemente enseñó a sospechar a los que, cobijados en la placidez de posguerra, aún no habían empezado a dudar. ¿Qué fue primero: la duda o la sospecha? Poco después del mediodía de aquel viernes de 1963, **la muerte del presidente no hizo sino confirmar que algo raro estaba pasando, que**

detrás (o debajo) de la aparente tranquilidad acechaba la bestia. De repente, la sospecha de la sospecha.

La sospecha es así. Desasosiega, enreda, confunde. De alguna forma, Oliver Stone resume, y hasta parodia involuntariamente, una de las más nutritivas obsesiones que ha presidido el 'thriller' conspirativo (llamémoslo así) que tiene sus mejores ejemplos en la década de los 70. **La idea motriz es el complot, la certidumbre de que siempre es otro el que mueve los hilos.** Detrás de cualquier falsa apariencia de certeza, algo nos domina, nos enreda, nos confunde. Basta recordar 'La conversación' (Coppola, 1974), 'Los tres días del Cóndor' (Sydney Pollack, 1975), 'Marathon man' (John Schlesinger, 1976) o 'The French Connection' (William Friedkin, 1971) para entender lo creativa que puede ser la paranoia.

Y por encima de todas las filmografías imaginables, la del maestro indiscutible del género: Alan J. Pakula. El director de 'Klute' (1971), 'El último testigo' (1974) y 'Todos los hombres del presidente' (1976) configura en esta trilogía las claves de un cine tan quirúrgicamente perfecto como preciso. Los hechos discurren ajenos al drama que levantan a su paso. Dos periodistas se guían por una voz extraña detrás del mayor fraude de la democracia reciente y lo hacen como si siguieran las claves ocultas de un procedimiento estándar. La sospecha no es en este caso, como en 'JFK', el resultado de un montaje prodigioso de casualidades, mentiras y medias verdades, sino simplemente la pautada descripción de una realidad que necesariamente oculta algo.

La idea es antigua y no necesariamente cinematográfica. Quizá todo empezó un buen día de finales del siglo XIX en el que alguien denunció que las condiciones económicas de la existencia encuentran en la conciencia de los hombres su reflejo y expresión. Hablamos, obviamente, de **Marx, el primer gran 'sospechador'** (o masturbador, en la terminología daliniana). Para los hijos del marxismo académico, sin embargo, lo incuestionable es el sujeto humano, el sujeto de conocimiento y, ya que estamos, las mismas formas del conocimiento. Las condiciones económicas, sociales y políticas del buen o mal existir no hacen sino imprimirse en este sujeto, que se da de manera definitiva.

Habrá que esperar, y seguimos fuera de la pantalla, a Freud para entender que la sospecha puede ser radical y alcanzar hasta la misma raíz del sujeto que el marxismo consideraba intocable. De hecho, lo que entendemos por sujeto de conocimiento en el más elemental psicoanálisis no es más que un cruce de carreteras en las que las pulsiones corren desenfrenadas. Si Marx puso en duda el origen de las creencias (reflejo de las condiciones económicas), el doctor de Viena cuestionó lo más íntimo, la conciencia de nuestros deseos (reflejo de la pulsión subconsciente). En cualquiera de los dos casos, y a esto íbamos, **la edad madura del hombre moderno llegó con la sospecha de lo evidente. Y de ahí hasta el mediodía extraño en que Kennedy fue acibillado por... ¿quién?** Su asesinato, a su manera, trasladó al escenario real de la política el mayor debate filosófico y antropológico del siglo pasado. Suena tremendo. Y, en efecto, lo es.

Al fin y al cabo, éste y no otro es el proyecto de Norman Mailer en su idea tan genial como descabellada de atrapar el sentido del siglo en la biografía desmesurada del asesino. El tomo de casi 1.000 páginas 'Oswald' sigue puntillosamente la pista a lo que el autor denomina «**el primer fantasma americano**». ¿Quién fue realmente este sujeto que 'desertó' a la ciudad bielorrusa de Minsk huyendo de la placidez del hogar americano? «Inocente o culpable, un hombre común y corriente se echa hacia atrás cuando se enfrenta al ojo implacable del cañón de un revólver. El estado de Oswald debía de ser extraordinario, de calma bajo la excitación, como inmóvil en el centro sin vibraciones de un sueño», escribe sobre lo que imagina que se mueve en el interior del asesino justo antes del momento decisivo: «Psicológicamente, equivalía a atravesar la barrera del sonido».

Recientemente, el festival de Venecia exhibió 'Parkland'. La idea de la película de Peter Landesman era recrear en paralelo la existencia de la víctima y el verdugo desde la sala de operaciones del hospital de Dallas que les atendió. **Uno con el cráneo perforado entre el desconsuelo de los médicos; el otro, con el vientre acibillado ante la indiferencia de todos.** Más allá de lo rutinario del desarrollo, la propuesta del director de situar en la misma mesa del quirófano a los dos se antoja el último intento, quizá estúpido, por dar solución al misterio.



Cuando Martin Scorsese de la mano del guionista Paul Schrader colocó a Travis Bickle delante del espejo justo antes de su particular magnicidio, ¿quién apretaba realmente el gatillo? 'Are you talking to me?'. De repente, 'Taxi driver' se antoja la imagen perfecta por condensación de la forma más esquiva del miedo. **El enemigo está en todas partes**, puede ser cualquiera, un sujeto tan anodino como Lee Harvey Oswald o tan desequilibrado como el ex combatiente interpretado por Robert De Niro.

Cuando la pregunta se traslade al asesino del asesino, en una especie de bucle autorreferencial, el enigma se mantiene intacto. O peor, envuelto en un misterio. «El misterio de Oswald», escribe Mailer, «incluye el enigma de Jack Ruby. Si el primero ha obsesionado al sistema de la inteligencia estadounidense, Jack Ruby agota el entendimiento y la razón del resto». Y concluye sorprendido: «Este matón de menos cuantía de las calles de Chicago, con una madre desequilibrada, tuvo conexiones con la Mafia». **'La conspiración de Dallas' (1992), de John Mackenzie**, intentaba una aproximación al personaje y apenas se quedaba en la superficie pálida de la sospecha.

Si se quiere, la sospecha ha vivido un 'remake' en nuestros días. No en balde, de repente, aquellos años de Guerra Fría se parecen demasiado a éstos de enemigos invisibles. Y, sin duda, el agente Jason Bourne es el aquilatado paradigma que continúa una tradición infectada por el miedo de la sospecha. En 2002, Doug Liman rodaba la primera adaptación de las novelas de Robert Ludlum, 'El caso Bourne'. Poco más tarde, Paul Greengrass convertía al hombre sin memoria y sin nombre en icono del cine moderno. El cerebro limpio de un Bourne a la búsqueda de su identidad actúa como la mejor y más acertada imagen del **hombre sin atributos que toda buena y radical teoría conspirativa necesita para funcionar**. Bourne somos nosotros.

Y, sin embargo, entre el laberinto de lo sospechoso, siempre cabe la sospecha del embuste; la sospecha de que los que sospechan mienten. El 22 de noviembre de 2011, 'The New York Times' publicaba un cortometraje de Errol Morris de apenas seis minutos. Se trata simplemente de una entrevista a Josiah Thompson. En ella, este infatigable desvelador de misterios desmontaba la hipótesis conocida como la del hombre del paraguas. El súper 8 casero de Zapruder localizaba a un tipo extraño refugiado bajo un paraguas negro cerca del lugar en el que el presidente fue alcanzado en la cabeza. ¿Qué hacía un tipo de semejante guisa en un día tan soleado como aquél? Durante años, este enigma ha dado pábulo a todo tipo de hipótesis disparatadas y hasta a una serie de televisión entera. **Los hombres calvos de 'Fringe' están directamente inspirados en él**. Pues bien, el hombre (Louie Steven Witt) simplemente protestaba no contra JFK sino contra su padre cuando apoyó en calidad de embajador la política del primer ministro británico Neville Chamberlain dialogante con el régimen nazi. El paraguas era el complemento que identificaba al mayor de los Kennedy.

De golpe, el misterio se desvanece y «los acertijos envueltos en misterios dentro de enigmas» no son más que distracciones, estrategias de disuasión de los sistemas y artefactos de poder. Y en ese momento, la sospecha de la sospecha se vuelve sospechosa. Y disculpen el mareo. Porque, como dejó escrito Foucault en 'La verdad y las formas jurídicas': todo, incluido el conocimiento, es quizá una ficción, el resultado del estado de permanente pelea por el poder que nos define. «Solamente en las relaciones de lucha y poder, en la manera como se oponen las cosas entre sí, en la manera como se odian entre sí los hombres, luchan, procuran dominarse unos a otros, comprenderemos en qué consiste el conocimiento». Conocer es sospechar. **Es el momento de volver a leer 'El hombre que fue Jueves', de Chesterton**. Y no me pregunten por qué.

### La novela de un hombre enfermo

*Luis Alemany*

¿Novelas sobre Kennedy? ¿Sobre su vida o sobre su muerte? Sobre su muerte todos sabemos que nada está del todo claro, así que hay materia, por supuesto. ¿Y sobre su vida? Pues las cosas debieron de ser aún más complejas, de modo que...

De modo que empecemos por la vida y por su gran retrato reciente, '**JFK, un adúltero americano**' (Anagrama, 2010), de Jed Mercurio, médico inglés reciclado en guionista de televisión y, después, en novelista. Aunque lo verdaderamente importante esta vez es su carrera de Medicina. Según explicaba Mercurio cuando presentó 'Un adúltero americano' en España, su idea, cuando empezó el libro, era **retratar a un adicto al sexo para el que encontró una especie de espejo histórico: John Fitzgerald Kennedy**. Pero tanto espacio empezó a ocupar el reflejo en su composición que Mercurio cambió de planes y convirtió su novela en una pato-biografía del presidente.

¿Hemos hablado de adictos al sexo? Según Mercurio, no era el caso de Kennedy, que sí, era un mujeriego de recorrido agotador, pero no por adicción, sino por compulsión. El matiz es fino y difícil de definir, pero, para que nos entendamos, podríamos explicarlo con una frase: **Kennedy no era un esclavo del sexo, sino un amante liberado de cualquier pudor y convencionalismo**.

Lo truculento es que en esa liberación tenía mucho que ver Max Jacobson, el doctor 'Feelgood', un médico del entorno de Kennedy, una especie de Rasputín de Camelot, que trataba la achacosa salud del presidente con anfetaminas y esteroides y que le aconsejó tanto sexo como pudiera como complemento psicológico/muscular. Un poco delirante, sí.

El relato retrata después las maneras de Kennedy como amante (bastante poco amable, con alguna excepción), las particularidades de las parejas más conocidas del presidente (sí, Marilyn, claro), el **papel de Frank Sinatra como proveedor de mujeres**, las turbulencias que tanto apetito creó en la presidencia de Kennedy y los mecanismos psicológicos con los que Jackie Kennedy se amoldó a las excentricidades de su marido.

Nadie saldrá muy reconfortado del relato de 'JFK, un adúltero americano'. Sin embargo, Mercurio es, de alguna manera, benévolo con Kennedy. "No fue ningún hipócrita. Nunca predicó sobre valores morales", dijo sobre el presidente.

¿Y sobre la muerte? Hay un montón de referencias en las 'ligas menores' y dos grandes nombres que apuntar: Don DeLillo y James Ellroy; '**Libra**' (primera edición en B, en 1989) y '**American tabloid**' (primera edición también en B, en 1997), respectivamente. El actor **James Franco acaba de comprar los derechos para dirigir una película con 'American tabloid'**, para el que quiera tomar nota.

Muy en resumen: el enfoque de **De Lillo se dirige a Lee Harvey Oswald, al que retrata como a un pobre diablo** con dificultades sociales y de aprendizaje y susceptible de ser manipulado por el perverso coro de la novela. Coro que aparece dirigido por el (histórico) Nicholas Branch, un agente del FBI con intereses oscurísimos que es también una figura clásica en las distintas teorías sobre el asesinato de JFK. Al otro lado de la trama, un archivero de la CIA indaga entre los datos dispersos que DeLillo 'le deja' leer y llega a la conclusión que parece una condena: nunca sabremos nada sobre lo que ocurrió en Dallas.

¿Y Ellroy? Ellroy ha dicho que 'Libra' fue la inspiración para su novela sobre el magnicidio de 1963. Sin embargo, su libro es más complejo, con una trama llena de ramificaciones, que sigue a los enemigos de John Fitzgerald Kennedy (**matones del maccarthysmo, periodistas rencorosos, empresarios de Hollywood, mafiosos**, por supuesto, 'pied noirs' cubanos) hasta el día del tiroteo de Dallas.

Lo más curioso, por lo menos para los que no somos expertos en 'kennedyología', es la aparición del temido J. Edgar Hoover como archirrival del presidente e inspirador del complot en su contra. Del fundador del FBI se sabe que tenía bien documentadas todas las aventuras sexuales de Kennedy desde que en los años 40 no tuvo otra idea mejor que liarse con una distinguida articulista del Washington Post simpatizante de la Alemania nazi. Hoover **pudo proveer a la prensa estadounidense de alguna información contra el político demócrata** durante la campaña que lo enfrentó a Nixon, pero su nombre sólo aparece en las teorías conspirativas con el reproche de negligencia.

## Jackie, el estilo hecho política

Isabel Espiño

Al principio le aburría la política, pero convirtió su vestuario o la decoración de la Casa Blanca en señas de la era Kennedy. Tras la victoria de su marido, dejó la moda parisina y buscó un único diseñador afincado en EEUU.

«Jackie Kennedy me gustaba, no era estirada en absoluto, había tal vez en ella un toque de esa astuta locura que sugiere el drama futuro». Así definía Norman Mailer a la (futura) primera dama tras su primer encuentro, en la casa del clan en Hyannis Port. Su artículo 'Una noche con Jackie Kennedy' está salpicado de impresiones sobre la fascinante esposa del, entonces, aspirante demócrata a la presidencia: «Guapa, limpia y muy alegre», pero «de nervios delicados y extremadamente sensibles». Con una **«mirada impertinente, que era sin duda el secreto de su encanto»** y «un agudo sentido de la risa», pero también una **sorprendente «timidez»**.

El artículo de Mailer apareció publicado en la revista 'Esquire' en julio de 1960, poco después de la convención demócrata que coronó a John Fitzgerald Kennedy como flamante candidato presidencial. Y es que la fascinación de los estadounidenses por Jacqueline —nacida en las exclusivas afueras neoyorquinas de Southampton, en el seno de **una familia aún más aristocrática que el clan bostoniano de los Kennedy**: los Bouvier— había comenzado mucho antes de su llegada a la Casa Blanca.

La dama ocupó su primera portada en la revista 'Life' en verano de 1959, cuando su esposo, entonces senador por Massachusetts, comenzaba a ser «favorito» (según titulaba la revista) en la carrera presidencial. Se habían casado seis años antes, poco después de que JFK consiguiese su escaño (cuando se conocieron, él era el soltero de oro de Washington y ella la guapa fotógrafa de una publicación capitalina). **Había sido el acontecimiento social del año.**

### Cultivada Jackie

En aquel artículo de Life —acompañado de instantáneas de quien se convertiría en amigo y fotógrafo oficioso del matrimonio, Mark Shaw— se presentaba a la «encantadora esposa de John Kennedy», «una de las mujeres **más guapas** para decorar una tribuna plagada de banderas» pero también una cultivada dama que **«es más feliz en una galería de arte que en un cóctel»**.

**«Los presidentes y primeras damas anteriores a los Kennedy, eran mayores, no parecían cultivados.** Los Kennedy trajeron [a la Casa Blanca] juventud, estilo, cultura...», explicaba recientemente a EL MUNDO Tony Nourmand, editor del libro 'The Kennedys Photographs by Mark Shaw'.

**«Todo cambió con los Kennedy.** La Casa Blanca cambió. Y todo el país cambió. [...] Jackie Kennedy puso un poco de estilo en la Casa Blanca y en ser la primera dama del país [...]. Antes de los Kennedy, el buen gusto nunca era el objetivo de la América moderna. [...] Ellos emanaron una **actitud positiva hacia la cultura, hacia el estilo...** y, desde entonces, nunca hemos vuelto atrás», aseguraba la editora de moda Diana Vreeland en su libro de memorias.

Jackie, aquella mujer que a finales de los 50 confesaba a sus amigos que estaba **cansada de escuchar a «todos esos políticos aburridos»**, hizo política a su modo. Contribuyó tanto como su esposo a la fascinación que los americanos —por entonces, ignorantes de los problemas de salud o del voraz apetito sexual de su presidente, que calmaba con amantes y en prostíbulos— sentían por JFK y a definir aquellos 1.036 días de presidencia. Con **sus famosas veladas, sus elecciones de vestuario, la reforma de la Casa Blanca** o un término que ella misma acuñó: Camelot.

### La nueva Casa Blanca

«Ella era joven [tenía 31 años cuando su esposo llegó la presidencia]. Dios, era joven. Tenía gran gusto, un sentido de la cultura y comprensión del arte. **Trajo a la Casa Blanca a gente como André Malraux** [por entonces, ministro de cultura galo] **que nunca habrían ido allí.** Y personalidad, realmente cambiaron la ciudad», recordaba Benjamin C. Bradlee, antiguo director de 'The Washington Post' y amigo de los Kennedy, cuando Jackie murió, en 1994.

Tras el exitoso viaje a París de 1961, en el que la francófila Jackie conquistó a Malraux y De Gaulle —«Soy el hombre que ha acompañado a Jacqueline Kennedy a París, y lo he disfrutado», diría su

esposo—, la primera dama comenzó a rebuscar en los almacenes de la Casa Blanca, a estudiar minuciosamente su historia y anunció su determinación de transformar la residencia presidencial en un **«museo de la herencia del país»**.

«Todo en la Casa Blanca tiene una razón para estar aquí. Sería un sacrilegio simplemente 'redecorarla', [...] **no tiene nada que ver con la decoración, es una cuestión de erudición**», aseguró a un periodista de 'Life'. Muebles de anteriores presidentes, exquisitos lienzos de maestros estadounidenses... Fue la propia Jackie la que mostró su proyecto a sus compatriotas en un documental de la CBS en el que hacía de guía por la Casa Blanca.

En aquella nueva residencia presidencial —que por **primera vez en en el siglo XX alojaba a un bebé**, el recién nacido John John— el matrimonio hizo famosas sus cenas elegantes, con intelectuales, trajes de noche palabra de honor, un chef francés y exóticas bebidas alcohólicas. «Recuerdo a Jackie Kennedy, poco después de que se mudase a la Casa Blanca, diciéndome lo que parecía. **No había flores por ninguna parte, no había sitio para sentarse, no se esperaba a nadie...** Era horrible», recordaría Vreeland, quien asesoró a la primera dama en cuestiones estilísticas. Idea suya fue el manguito de marta cibelina que llevó el día de la investidura de su esposo, en enero de 1961.

### **Patriotismo en el armario**

La esposa de JFK aprendió desde la campaña presidencial que la moda también era política. Después de que los republicanos denunciasen en campaña los **miles de dólares que Jackie y su suegra Rose gastaban en los desfiles parisinos**, la primera dama convirtió a un estadounidense en su diseñador de cabecera. Con **Oleg Cassini** (quien pese a su nacionalidad bebía del gusto europeo, pues había nacido en París de padres rusos), configuró su famoso estilo de **sombreritos 'pillbox', mangas francesas y conjuntos de chaqueta y vestido de recta silueta**.

Pero Jackie no olvidaba las grandes casas parisinas. Tras comprar firmas francesas en secreto —a través de una amiga o de su hermana— la primera dama encontró una **«solución diplomática»**, según la biógrafa de Chanel Justine Picardie: comprar moda gala cosida para ella en Nueva York por un establecimiento llamado Chez Ninon. «Jackie no ahorra dinero haciendo esto, pero guardaba las apariencias, **como clienta implícitamente patriótica** de un sastre estadounidense», explica Picardie.

**Así se confeccionó el Chanel con el que ha pasado a la Historia**, el conjunto rosa que vestía aquel mediodía del 22 de noviembre de 1963 (según la historiadora, se hizo con tejido, ribetes y botones procedentes del 31 de la Rue Cambon, pero confeccionado en Chez Ninon). «**Sé sencilla: demuéstales a todos esos texanos lo que es el buen gusto**», le había dicho su marido.

Sin embargo, fue otra cosa la que demostró la primera dama con aquel traje rosa, cubierto de sangre, que rehusó quitarse tras el magnicidio. «**Que vean lo que le han hecho a Jack**[como llamaba la familia a JFK]», dijo. Sólo una semana después, Jackie —refugiada en Hyannis Port— concedía una entrevista a Theodore White de la que surgió el epitafio de la era Kennedy.

Aunque a la culta Jackie le hubiera gustado echar mano de los clásicos, recurrió a las letras de un musical de Broadway. «Por la noche, antes de irnos a dormir, a Jack le gustaba poner discos; (...). Los versos que le encantaba escuchar eran: 'No dejes que se olvide que una vez hubo un lugar, **durante un breve brillante momento, que fue conocido como Camelot**'. (...) Habrá grandes presidentes de nuevo —y los Johnson son maravillosos, han sido maravillosos conmigo—, pero nunca habrá otro Camelot».

## Los misterios que ocultan los informes secretos del asesinato de Kennedy

*Jan Martínez Ahrens*

El martes 1 de octubre de 1963 un hombre enjuto liquidó su cuenta en el hotel Comercio. Después de cuatro días completos en Ciudad de México no había logrado ningún resultado. Con expresión perdida, se dirigió a la terminal de Transportes del Norte y ahí tomó el asiento número 12 del autobús de línea 332. Eran las 8.30 cuando el vehículo partió. El billete marcaba como estación de término Nuevo Laredo, en la frontera con EEUU. Un destino que se le quedaba corto a ese estadounidense mal encarado que 53 días después [mataría de un tiro en la cabeza al trigésimo quinto presidente de Estados Unidos, John F. Kennedy](#).

La estancia de [Lee Harvey Oswald](#) en México encierra una de las grandes incógnitas del crimen que hizo temblar al siglo XX americano. Menospreciado al inicio de la investigación, [el extraño viaje se ha vuelto con los años uno de los capítulos más intrigantes del caso](#). Los contactos del magnicida con agentes del KGB y diplomáticos cubanos en la capital mexicana han inspirado todo tipo de teorías conspirativas al tiempo que han mostrado el doble rasero de la inteligencia estadounidense. Los pasos de Oswald fueron advertidos y seguidos por la CIA, pero los informes que detallan sus andanzas nunca han salido por completo a la luz. Pertenecen a ese [secreto corpus de 3.100 documentos que el presidente Donald Trump ha ordenado liberar](#) y que, si nada lo impide, va a sacudir los cimientos de la memoria colectiva estadounidense. “Son cables, correspondencia, memoriales, reportes, presupuestos, fotografías y grabaciones. En el caso de la CIA, sus documentos más importantes se refieren a operativos de agentes contrarios a Kennedy, inmersos en operaciones anticastristas”, explica el experto Jefferson Morley, antiguo periodista de *The Washington Post* y autor de *El fantasma: la vida secreta del maestro de espías James Jesus Angleton*.

Guardados en los Archivos Nacionales, los expedientes están blindados por una ley de 1992 que expira este jueves. Entre bastidores se sabe que la CIA está presionando para que no salgan a la luz. “La central está especialmente preocupada por los documentos de los años sesenta que se refieren a programas que aún seguían activos en los noventa y que podrían exponer a las redes de espionaje”, detalla el especialista Phil Shenon, autor de *JFK. Caso Abierto*. Junto a este temor, se



oculta también un mecanismo de autodefensa ante la posibilidad de que emerja la incompetencia de las agencias de inteligencia.

“[La Comisión Warren](#), encargada de la investigación del magnicidio, concluyó que Oswald solo era objeto de revisiones rutinarias por el FBI y la CIA. Pero se trataba de una persona que el mismo jefe de contrainteligencia de la CIA, James Angleton, tenía bajo atención constante y cercana. Y es muy posible que los documentos arrojen luz sobre este interés nada rutinario”, indica Morley.

“Los informes mostrarán que la CIA y el FBI sabían mucho más de Oswald que lo que contaron a la Comisión Warren. La historia oficial le dibuja como un lobo solitario cuya trama para matar a Kennedy nunca fue advertida. Pero las agencias disponían de más datos de lo que dijeron. Si hubieran actuado conforme a su información, posiblemente Oswald habría sido frenado antes de la llegada de Kennedy a Dallas”, explica Shenon.

Las omisiones de los servicios inteligencia van a ser la clave de los papeles. De la magnitud de este error darán cuenta las investigaciones internas a las que se sometieron las agencias, hasta ahora ocultas, pero también los seguimientos de Oswald en México. “Es el capítulo más importante y secreto del asesinato de Kennedy. El índice documental muestra que la estación de la CIA en México le tuvo bajo vigilancia. Y un informe desclasificado de 1966 revela que Oswald llegó a hablar abiertamente de matar a Kennedy en el consulado cubano. ¿Lo supo la CIA en tiempo real? ¿Informó de ello?”, se interroga Shenon.

Las respuestas pueden quedar enterradas otros 25 años. Todo dependerá del alcance final de la desclasificación. Pero los pasos de Oswald por México tienen, de momento, otra fuente. La Dirección Federal de Seguridad. La policía secreta mexicana. [Bajo las órdenes de Fernando Gutiérrez Barrios, el mismo oficial que en 1956 detuvo a Fidel Castro y al Che Guevara](#), los agentes redactaron detallados informes e interrogaron a todos con quienes se había entrevistado.

La lectura de los documentos clasificados, depositados en el Archivo General de la Nación y a los que ha tenido acceso EL PAÍS, dan cuenta de la personalidad zigzagueante y herida de Oswald, un marine desertor, casado con una rusa y que tras un fracasado exilio en la Unión Soviética pretendía abandonar Texas y regresar a Moscú.

Para ello, haciéndose pasar por fotógrafo, cruzó el Río Bravo el 26 de septiembre de 1963. En un autobús Flecha Roja se dirigió a Ciudad de México. Veinte horas duró ese viaje y en ningún momento ocultó sus simpatías comunistas. A dos turistas australianos les habló de sus años en la URSS y les recomendó que se alojaran en el hotel Cuba. Él lo haría en el hotel Comercio, ubicado en la calle de Sahagún, colonia Guerrero.

Ya en la capital mexicana, lo primero que hizo fue dirigirse a la Embajada cubana. Allí solicitó un visado en tránsito para la URSS. Mostró su pasaporte, su antigua cédula de trabajo soviética, su documento marital y afirmó ser miembro del Partido Comunista de EEUU. [La empleada que le](#)

[atendió, Silvia Tirado de Durán](#), inició la tramitación y le requirió fotografías nuevas. Oswald salió a por ellas y, siempre según los documentos confidenciales mexicanos, aprovechó para acudir a la legación soviética, donde se entrevistó con dos agentes del KGB que actuaban como funcionarios consulares. Tras asegurarles que el FBI no le dejaba vivir, les expresó su deseo de obtener lo antes posible un visado. Cuando le explicaron la lentitud del proceso, Oswald estalló y con el rostro enrojecido espetó a uno de los rusos: “¡Esto va a terminar para mí en tragedia!”.

Posteriormente se encaminó a la Embajada cubana a entregar las fotografías. Ahí volvió a entrar en barrena al saber que sin la autorización soviética no podía conseguir el permiso cubano. Sus gritos hicieron que la secretaria Tirado llamase al cónsul para que tratase de calmarle. Fue en vano. Ante la actitud violenta del estadounidense, el diplomático acabó incendiado y le anunció que no le concedería la visa.

Oswald, con 23 años, estaba en caída libre. Los que le vieron le describen como un hombre mal vestido, colérico y terco. Tanto que al día siguiente, regresó a la legación rusa. Era sábado y los funcionarios se preparaban para un partido de voleibol. En tono dramático insistió en que necesitaba el visado. Lloró, hizo saber que temía al FBI y sacó un revolver como muestra de que estaba amenazado. Lo dejó sobre una mesa. Un funcionario, con cuidado, lo descargó. Oswald, ante las negativas, se marchó quebrado.

The image shows two identical Mexican consular visa forms for Harvey Lee Oswald. The forms are from the Secretaría de Gobernación, Estados Unidos Mexicanos. The duplicate on the left is numbered 24085 and the original on the right is also numbered 24085. Both are valid for 15 days for a single trip. The applicant's name is LEE, HARVEY OSWALD, and the document type is ACTA NACIMIENTO. The destination is Nueva Orleans, LA., EUA., with a date of September 17, 1963. The forms include fields for sex, age, and marital status, and are signed by the applicant, Lee H. Oswald. There are also stamps for entry and exit, with the entry date being September 26, 1963, and the exit date being October 1, 1963. The entry stamp is from the Consulate in Nuevo Laredo, Tamps.

A partir de ahí el hilo se difumina. Se sabe que el domingo acudió a los toros, visitó museos y que el lunes fue a la Ciudad Universitaria en busca del apoyo de estudiantes castristas. De nada le valió. Su último movimiento se registró la misma noche del lunes, cuando se le vio en una fiesta twist organizada por funcionarios cubanos. En la celebración, a la que acudió la escritora Elena Garro, exmujer de Octavio Paz, Oswald se encontró supuestamente con [la empleada Silvia Durán con quien se ha llegado a concluir que tuvo una relación sentimental](#). Garro le recordaría después hablando con dos hombres junto a una chimenea.

A la mañana siguiente, a las 6.30, abandonó el hotel Comercial para volver a Estados Unidos. Casi ocho semanas después, el 22 de noviembre, mataría al presidente de Estados Unidos. Y a los dos días sería asesinado por el mafioso Jack Ruby.

A su espalda dejó un inmenso misterio. La investigación oficial estadounidense le apuntó como único culpable. Los interrogatorios mexicanos no hallaron ningún punto de quiebra. Pero las fuerzas de la DFS llegaban tarde y solo actuaron después del magnicidio. Antes, la estación local de la CIA había seguido los pasos a Oswald. Lo que vio, lo que informó, aún es secreto. Ahora puede dejar de serlo.

## Las iglesias de la URSS repicaron las campanas tras el asesinato de Kennedy

WASHINGTON (Sputnik) — El asesinato del presidente John F. Kennedy (1961-1963) causó conmoción en la Unión Soviética, incluso las campanas de las iglesias sonaron para honrar la memoria del difunto, rezan los archivos desclasificados del FBI del año 1966.

"Una fuente que antes nos proporcionaba información fiable y que estaba en Rusia en el momento del asesinato del presidente John F. Kennedy, informó el 4 de diciembre de 1963 que los ciudadanos soviéticos se enteraron de la noticia del asesinato del presidente casi inmediatamente después del magnicidio, (la noticia) fue recibida con gran conmoción y entumecimiento, las campanas sonaron por la memoria del presidente Kennedy", dice el documento del FBI firmado por su entonces director, J. Edgar Hoover.



El documento describe también las reacciones de los diplomáticos soviéticos y el KGB (Comité de Seguridad del Estado) a lo ocurrido.

En particular, la fuente del FBI informó que el embajador de la URSS ante la ONU, Nikolai Fedorenko, se reunió con sus empleados y les dijo que en la Unión Soviética lamentan el asesinato de Kennedy porque "en cierta medida" se entendía con Moscú y quería mejorar las relaciones entre los dos países.

También, el jefe de la red de agentes secretos soviéticos en Nueva York, Borís Ivanov, dijo al reunirse con su personal que el asesinato de Kennedy creó un "problema".

El asesinato de Kennedy se produjo en el apogeo de la guerra fría.

Aproximadamente un año antes del asesinato, la llamada crisis del Caribe llevó al mundo al borde de una guerra nuclear, sin embargo se logró resolver gracias a los esfuerzos conjuntos de la URSS y Estados Unidos.

Esta semana, el presidente de EEUU, Donald Trump, [destapó](#) unos 3.000 documentos sobre el asesinato de John F. Kennedy, mientras que otra porción de archivos [permanecerá inédita](#) antes de finales de abril de 2018.

## El FBI sabía que se preparaba atentado contra el asesino de Kennedy

MOSCÚ (Sputnik) — El Buró Federal de Investigaciones fue notificado de que se preparaba un atentado contra Lee Harvey Oswald, asesino del 35º presidente de EEUU, John F. Kennedy, según se desprende de un documento desclasificado del año 1963.

El 26 de octubre, fueron publicados en EEUU cerca de 3.000 documentos sobre el asesinato de Kennedy: la base de datos que consta de 2.891 materiales es accesible en la página de los Archivos Nacionales de EEUU.

Un mensaje del 24 de noviembre de 1963 reza: "anoche en un despacho en Dallas recibimos una llamada de una persona que confesó con voz tranquila ser miembro del comité organizado para asesinar a Oswald".

Después de la llamada, el FBI notificó al jefe de la policía local que a su vez prometió garantizarle la necesaria protección a Oswald.

**"No obstante, no lo hizo", señala el mensaje.**

El trigésimo quinto presidente de EEUU, John Kennedy, fue asesinado el 22 de noviembre de 1963 en Dallas mientras realizaba una gira por el estado de Texas.

Tres investigaciones oficiales concluyeron que Lee Harvey Oswald, un empleado del almacén Texas School Book Depository en la Plaza Dealey, fue el asesino.

Sin embargo el caso de Oswald nunca fue juzgado ya que fue asesinado mientras trasladado por la policía.

La Ley de Archivos de JFK, adoptada en 1992, ordenó a la Administración Nacional de Archivos y Registros (NARA, por sus siglas en inglés) establecer una colección con todos los documentos relacionados con el magnicidio de Kennedy, cometido en noviembre de 1963.

En virtud de esa ley, la NARA debe hacer pública toda la colección al cumplirse exactamente 25 años de la entrada en vigor de la norma, plazo que se cumplió este jueves 26 de octubre, a menos que el presidente en funciones considere que publicar tal información puede afectar la seguridad nacional o situaciones relacionadas con la política exterior.

## Casa Blanca decide retener hasta abril de 2018 algunos archivos sobre el magnicidio de JFK

WASHINGTON (Sputnik) — La Administración Nacional de Archivos y Registros de EEUU publicará una parte de los documentos previamente clasificados sobre el asesinato del presidente John F. Kennedy, mientras otros permanecerán en reserva para determinar si pueden entrañar alguna amenaza a la seguridad nacional, dijo un portavoz de la Casa Blanca.

*"El presidente Donald Trump ordenó retener de manera temporal información pública hasta el 26 de abril de 2018 para permitir que se pueda determinar con tiempo suficiente si tal información es perjudicial a las operaciones militares, de defensa y de orden público", dijo el portavoz.*

La porción de los archivos no considerada nociva sería publicada más tarde el mismo jueves, añadió.

El presidente había anunciado la publicación completa de los archivos el miércoles.

"La largamente esperada publicación de los archivos de JFK (iniciales del fallecido mandatario). ¡Muy interesante!", dijo Trump en un mensaje en su cuenta de Twitter.

La Ley de Archivos de JFK, adoptada en 1992, ordenó a la NARA establecer una colección con todos los documentos relacionados con el magnicidio de Kennedy, cometido en noviembre de 1963.

En virtud de esa ley, la NARA debía hacer pública toda la colección al cumplirse exactamente 25 años de la entrada en vigor de la norma, plazo que venció el jueves 26, a menos que el presidente en funciones considere que publicar tal información puede afectar la seguridad nacional o situaciones vinculadas a las relaciones exteriores.



## Un diario británico recibió una llamada de aviso 25 minutos antes del asesinato de John F. Kennedy

Un memorando de la CIA recién desclasificado describe que el MI5 británico señaló que varias personas recibieron llamadas "extrañamente coincidentes en su naturaleza" durante aquel año.



El 22 de noviembre de 1962, un reportero británico recibió una llamada anónima 25 minutos antes de que se produjera el asesinato del presidente estadounidense John F. Kennedy en la que un hombre le aconsejó que contactara con la Embajada de EE.UU. para obtener "noticias importantes", revela un archivo recién desclasificado de la CIA.

Al tener noticia del magnicidio, el periodista del diario 'Cambridge Evening News' denunció la llamada a la Policía local, que a su vez **compartió la información con el servicio secreto MI5**, según se desprende del documento publicado por el Gobierno estadounidense el jueves pasado.

El comunicado interno, firmado por el subdirector de la CIA, James Angleton, señala que la persona que llamó colgó el auricular tras recomendar llamar a la legación de EE.UU. en Londres, y precisa que el reportero, al que el MI5 describe como una "**persona leal y razonable y sin antecedentes**" relacionados con la seguridad, "nunca había recibido antes llamadas de este tipo".

La nota también señala que no era la primera vez aquel año que personas en el Reino Unido habían recibido llamadas anónimas "**extrañamente coincidentes en su naturaleza**".

Este 26 de octubre, el Gobierno estadounidense desclasificó 2.891 expedientes de la CIA y del FBI relacionados con el atentado contra el presidente Kennedy en 1963.

Según el memorando del presidente Donald Trump, "la comunidad de EE.UU. espera y merece que el Gobierno proporcione el máximo acceso posible a los documentos sobre el asesinato del presidente John F. Kennedy, para que las personas por fin puedan estar completamente informadas sobre todos los aspectos de este suceso crucial".



## Los secretos del caso Kennedy: el aviso desoído del FBI y la conspiración que vieron los soviéticos

[Las sombras se resisten a abandonar el crimen](#) que hizo temblar el Siglo XX americano. [La liberación de 2.891 informes secretos sobre el asesinato del presidente John F. Kennedy](#) está destinada a ahondar las incógnitas. No sólo porque aún se mantienen ocultos 200 documentos considerados demasiado sensibles para la seguridad nacional, sino porque [los expedientes sacados a la luz](#) destapan las contradicciones del tenebroso mundo de los servicios de inteligencia. Un viaje turbio y subterráneo donde, entre mucha chatarra informativa y memoriales desfasados, figuran las obsesiones de una época: el odio a Fidel Castro, la política de bloques, la extraña vida del magnicida y las sospechas de una conspiración.

### La URSS creía en la teoría de la conspiración

La [muerte de Kennedy el 22 de noviembre de 1963](#) hizo temblar a los comunistas americanos y a los propios soviéticos. El asesino, el exmarine Lee Harvey Oswald, había vivido en la URSS y profesaba el credo marxista-leninista. Por ello, nada más se conoció el atentado se aprestaron a mostrar su repudio. No bastó. Durante años, los servicios de inteligencia estadounidenses sondearon en aguas comunistas en busca de algún indicio. Uno de los puntos más escrutados fue la Embajada de Cuba en México. [Allí se había dirigido Oswald, 54 días antes del magnicidio](#), en busca de un visado para la URSS. Un espía estadounidense en la legación cubana, el prolífico *Litamil 9*, despejó muchas dudas al describir la preocupación que el atentado generó entre el personal y el rechazo que el estadounidense había inspirado en todos ellos.

Esto tranquilizó a EE UU, pero no a los rusos. En aquellos años confusos, la rueda de la sospecha giró de tal modo que al final fueron los propios soviéticos quienes empezaron a poner en duda la versión oficial estadounidense. Un memorándum clasificado como alto secreto y fechado el 1 de diciembre de 1966 establece: “De acuerdo con nuestra fuente, los altos cargos del Partido Comunista de la Unión Soviética creen que se trató de una conspiración bien organizada por la ultraderecha de Estados Unidos para dar un golpe. Están convencidos de que el asesinato no fue la obra de un solo hombre sino de un cuidadoso operativo”.

En esta línea, el informe recoge el miedo de Moscú a que el crimen fuese utilizado para ahondar “los sentimientos anticomunistas en EE UU, cerrar las negociaciones con la URSS, atacar a Cuba y desencadenar una guerra”. Para apuntalar esta tesis, Moscú consideraba a Oswald un “maniaco neurótico desleal a su país y a cualquier cosa”. Un desertor que en su estancia en la URSS ni siquiera había sido reclutado por la inteligencia soviética.

Esa fue de hecho la impresión que dio a [los agentes del KGB que le habían recibido en la Embajada rusa en México](#) un mes antes del atentado. “Me reuní con Oswald cuando vino a buscar la forma de ir a la URSS. Él no pudo ser el ejecutor material del asesinato. Es imposible. Era un hombre desgastado, extremadamente flaco y pobremente vestido. Le temblaba todo, de las manos a los pies. Ni siquiera le pude estrechar la mano”, declaró este viernes a Efe Nikolai Leónov, quien posteriormente fue subdirector del KGB.

### Matar a Castro

Muerto. EE UU lo quería muerto y enterrado. En la época del magnicidio, Fidel Castro era la pesadilla de los servicios de inteligencia. Los planes para liquidarlo se multiplicaron y ocuparon una parte considerable de las posteriores investigaciones. No sólo por la adhesión de Oswald a la causa comunista, sino por la sospecha de que el asesinato de Kennedy hubiese podido deberse a una respuesta de La Habana o Moscú a [las intenciones americanas para acabar con Fidel](#).

Entre los planes descritos en los informes figura un operativo (ya conocido) diseñado [con apoyo del mafioso Sam Giancana para acabar con Castro](#) mediante la bacteria del botulismo. Dos veces fracasó esta trama. Una por el temor del agente que recibió las pastillas con el tóxico y otra porque Castro dejó de acudir al restaurante donde le esperaba el camarero que debía verter las bacterias en su comida.

Otro proyecto, que no pasó de la fase larval, consistía en aprovechar la afición de Castro al submarinismo para regalarle un equipo de buceo contaminado de hongos y bacilos de la

tuberculosis. Tampoco llegó muy lejos la descabellada idea de suministrar a un infiltrado un bolígrafo-bala. El mismo espía lo vio imposible, dada la escolta que acompañaba a Castro, y pidió armas convencionales. Nunca fueron utilizadas.

### **El aviso desoído del FBI**

[Oswald siempre será una incógnita](#). Su muerte a manos del mafioso Jack Ruby es el principal puntal de las teorías de la conspiración. Entre los papeles liberados hay uno destinado a hacer las delicias de los amantes de las sombras. Un informe secreto del legendario director del FBI, J. Edgar Hoover, en el que señala que su agencia avisó del riesgo de asesinato de Oswald. Escrito el 24 de noviembre de 1963, el mismo día en que el magnicida fue liquidado, Hoover recuerda: "La noche pasada recibimos una llamada en nuestra oficina de Dallas de un hombre que, hablando con voz calmada, dijo que era un miembro de un comité organizado para matar a Oswald. Lo notificamos al jefe de la estación policial y este nos aseguró que Oswald tendría suficiente protección. Esa mañana llamamos otra vez avisándole de la posibilidad de alguna tentativa contra Oswald y nos volvió asegurar que le sería dada la protección adecuada. Sin embargo, esto no ocurrió".

## **El FBI: la URSS calificó de complot el asesinato de John F. Kennedy**

MOSCÚ (Sputnik) — Las autoridades de la URSS creían que el asesinato del presidente John F. Kennedy en 1963 fue una conspiración en la que estuvo involucrado el vicepresidente y próximo mandatario de EEUU, Lyndon Johnson, según lo especulan los archivos desclasificados del FBI del año 1966.

"Según nuestra fuente, los altos oficiales de Partido Comunista de la URSS estimaban que había una conspiración bien organizada por la ultraderecha en EEUU con el fin de realizar un golpe; parece que estaban convencidos de que el asesinato no fue obra de una persona, sino el fruto de una campaña cuidadosamente planeada", dice el documento firmado por el entonces director del FBI, J. Edgar Hoover.

Según fuentes del FBI, los agentes secretos soviéticos fueron encargados de recopilar toda la información relativa a Johnson, su personalidad, biografía, amigos, familiares y todos los que le apoyaban.

Las instrucciones de Moscú decían que la KGB (Comité de Seguridad del Estado) poseía datos que supuestamente apuntan a que el presidente Johnson fue el responsable del magnicidio del presidente Kennedy.

"La KGB dejó claro que el Gobierno soviético necesitaba saber sobre las relaciones personales entre el presidente Johnson y la familia Kennedy, en especial entre Johnson y (los hermanos de Kennedy) Robert y Ted", reza el informe.

Según Moscú, los conspiradores pretendían usar el asesinato y los sentimientos anticomunistas en EEUU para aprovechar la situación y romper las negociaciones con la Unión Soviética, atacar a Cuba y librar una guerra.

"Nuestra fuente dijo también que los funcionarios soviéticos temían que en ausencia de un líder, algún general irresponsable pudiese lanzar un misil hacia la Unión Soviética. Además, las autoridades soviéticas creían que solo locos podrían responsabilizar a la izquierda, es decir, al Partido Comunista de EEUU por el asesinato del presidente Kennedy", señalan los archivos.

El asesinato de Kennedy se produjo en el apogeo de la guerra fría.

Aproximadamente un año antes del asesinato, la llamada crisis de los misiles del Caribe llevó al mundo al borde de una guerra nuclear, sin embargo se logró resolver gracias a los esfuerzos conjuntos de la URSS y Estados Unidos.

Esta semana, el presidente de EEUU, Donald Trump, [destapó](#) unos 3.000 documentos sobre el asesinato de John F. Kennedy, mientras que otra porción de archivos [permanecerá inédita](#) hasta finales de abril de 2018.

## Diario británico recibió aviso 25 minutos antes del asesinato de Kennedy

MOSCÚ (Sputnik) — Un periódico provincial británico recibió una llamada telefónica anónima alertando sobre una bomba en EEUU 25 minutos antes de que se cometiera el asesinato del presidente estadounidense, John Kennedy, según documentos desclasificados y publicados en la web de los Archivos Nacionales y la Administración de Documentos de EEUU.

"El servicio de seguridad británico MI-5 comunicó que un desconocido llamó a las 18.05 GMT del 22 de noviembre a un reportero de Cambridge News aconsejando ponerse en contacto con la Embajada de EEUU en Londres en relación con una noticia importante", dice una nota que el vicedirector del FBI, James Angleton, dirigió a su jefe.

Casi 3.000 documentos (2.891) relacionados con el asesinato del presidente Kennedy se publicaron por primera vez el 26 de octubre en EEUU, es la segunda porción, la anterior de 3.900 documentos se hizo del dominio público el 24 de julio pasado.

Medios británicos señalan que la nota sobre la llamada anónima se publicó en julio pero pasó inadvertida.

## Archivo desclasificado de la CIA: Oswald habló con un agente de la KGB antes de matar a Kennedy

Uno de los archivos de la CIA sobre la muerte de John F. Kennedy en 1963 menciona los contactos que mantuvo el único sospechoso del asesinato, Lee Harvey Oswald, con la Embajada soviética en México dos meses antes del magnicidio.

Los teléfonos de la Embajada soviética en la Ciudad de México en los años 60 estaban pinchados por los servicios de Inteligencia estadounidenses, lo cual permitió registrar una llamada de Oswald.

"De acuerdo con la llamada interceptada desde la Ciudad de México, Lee Harvey Oswald estuvo el 28 de septiembre de 1963 en la Embajada soviética y habló con el cónsul Valeri Vladímirovich Kóstikov. Este hecho se reveló cuando Oswald telefoneó a la embajada el 1 de octubre y, hablando con dificultad el idioma ruso, se presentó, mencionó la reunión arriba citada y preguntó al guardia de seguridad —que respondió al teléfono—, si había algo nuevo "en relación con el telegrama a Washington".

El guardia lo comprobó y dijo a Oswald que la solicitud había sido enviada, pero que no habían recibido respuesta, siempre según el documento.

Aunque el informe supone que Kóstikov era un agente de la KGB (el Comité para la Seguridad del Estado de la URSS), **no contiene ninguna información de que Lee Harvey Oswald estuviera de alguna manera relacionado con el KGB** o que esta institución de seguridad soviética estuviera involucrada en el asesinato del 35.º presidente de EE.UU.

**URSS: "El asesinato de Kennedy fue resultado de una conspiración interna en EE.UU."**

En otro documento desclasificado de la CIA del año 1966, se informa de que el asesinato de John F. Kennedy causó un gran impacto en la URSS, donde las campanas de las iglesias incluso doblaron por el presidente asesinado.

Un documento del FBI del mismo año, a su vez, asevera que los líderes soviéticos consideraron que el asesinato del 35.º presidente de EE.UU. era una conspiración en la que habría podido participar el entonces vicepresidente Lyndon Johnson.

"Nuestra fuente agregó que las instrucciones de Moscú indicaban que 'en este momento' la KGB posee datos que supuestamente muestran que el **presidente Johnson fue responsable del asesinato del fallecido presidente John F. Kennedy**", dice el documento del FBI, que fue firmado por el entonces director de la agencia, Edgar Hoover.

En 1963, otra fuente del FBI en la URSS informó al Buró de que los líderes del Partido Comunista de la Unión Soviética creían que el asesinato de John F. Kennedy era el resultado de "**una conspiración**

de la **'ultraderecha' estadounidense** bien organizada para realizar un 'golpe de Estado'. Parece que ellos estaban convencidos de que el asesinato no fue obra de una persona, sino el resultado de una campaña cuidadosamente elaborada, en la que varias personas desempeñaron su papel", afirma el documento.

La dirección del Partido Comunista de la URSS creía que los participantes en la conspiración contra John F. Kennedy "querían usar el **asesinato** y jugar con los sentimientos anticomunistas en EE.UU. **con el objetivo de romper las negociaciones con la Unión Soviética, atacar Cuba y luego desatar una guerra**. Como resultado de esta idea, la URSS se puso inmediatamente en alerta máxima", dice el informe.

La misma fuente del FBI afirmó también que "a los funcionarios soviéticos les preocupaba que en ausencia del líder algún general norteamericano irresponsable lanzara un misil hacia la Unión Soviética".

"Además, los funcionarios soviéticos creían que solo un loco podría creer que los responsables del asesinato pudieran ser las fuerzas 'izquierdas', es decir, el Partido Comunista de EE.UU., especialmente si se tiene en cuenta que ese partido fue perseguido por los 'ultraizquierdistas' por su apoyo a la política de coexistencia pacífica y desarme de la Administración de Kennedy", indica el mismo informe.

#### **No hay ninguna 'huella soviética'**

La versión de la **'huella soviética'** en el asesinato de John F. Kennedy fue investigada por las autoridades de EE.UU. junto con muchas otras versiones. No obstante, de acuerdo con los documentos oficiales, esa hipótesis **no se ha confirmado**.

El episodio de la visita de Oswald a la Embajada soviética en Ciudad de México ya ha sido descrito en varias fuentes abiertas: el vicecónsul Oleg Nechiporenko, que habló con Oswald entonces, dijo que el supuesto asesino de Kennedy le había pedido expedir un visado para viajar a la Unión Soviética.

Al respecto, el historiador Borís Yulin opina que "entonces la URSS tenía buenas relaciones con el presidente John F. Kennedy. Así que **para la Unión Soviética asesinar a John F. Kennedy habría sido inútil e incluso perjudicial**".

"El tema de la supuesta 'huella soviética' se planteó justo después del asesinato de Kennedy, así como la suposición de que Oswald tenía relaciones con la KGB y la Unión Soviética. Ahora se trata de un esquema extremadamente antiguo, que quieren actualizar y volver a usar", ha concluido el experto.

## **Documentos Kennedy: Estados Unidos planeaba "atacar y hostigar" a personal de la URSS en Cuba**

Los archivos de la reunión del Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos (NSC, por sus siglas en inglés) que abordó la [Operación Mangosta](#) —una serie de iniciativas encubiertas estadounidenses contra Cuba— revelan que Washington estaba dispuesto a acabar con el Gobierno de Fidel Castro durante la Guerra Fría.

Un [documento](#) de 1962, que se publicó este 26 de octubre como parte de los 2.891 expedientes desclasificados sobre el asesinato del presidente de EE.UU., John F. Kennedy, aporta evidencias de que el NSC consideró un plan para "atacar y hostigar" al personal de la Unión Soviética en Cuba, aunque no ofrece más detalles.

Estos textos también reflejan la intención norteamericana de **sabotear los cultivos cubanos** con "agentes biológicos que parecen ser de origen natural". Al consejero de Seguridad Nacional de EE.UU., McGeorge Bundy, "no le preocupaba este tipo de sabotaje", que "podría parecer el resultado de una desafección local o de un desastre natural", aunque debían tomar precauciones para evitar contratiempos externos, como "la liberación de químicos".

Entre las medidas que el NSC consideró tomar se encontraban la **distribución de explosivos a cubanos anticastristas**, lanzar panfletos sobre la isla desde unos globos o emitir señales radiales con mensajes antigubernamentales desde sus submarinos.

Sin embargo, ninguna fue tan atrevida como la posibilidad de **infiltrarse en estudios de radio y canales de televisión locales**, pero el organismo estadounidense descartó ese paso por consejo del periodista Edward R. Murrow, quien opinaba que "en general, no sería rentable provocar ese tipo de guerra electrónica".

Desde que se produjo el [magnicidio](#) de John F. Kennedy en noviembre de 1963, se difundieron diversas teorías conspirativas sobre su muerte. El actual presidente de EE.UU., [Donald Trump](#), expresó que el público debe estar "completamente informado sobre todos los aspectos de este evento crucial".

Sin embargo, **miles de documentos aún permanecen clasificados** y serán sometidos a una nueva revisión general de seis meses, debido a que "cierta información debería seguir oculta por intereses de seguridad nacional, orden público y asuntos exteriores", argumentó Trump.

### El asesinato de JFK, ¿relacionado con la KGB?



Pocos acontecimientos han generado tantas teorías conspirativas como el asesinato, el 22 de noviembre de 1963, del presidente de EEUU John F. Kennedy, en Dallas (Texas). ¿Actuó sólo Lee Harvey Oswald, señalado como autor del asesinato? ¿Hizo un único disparo (la famosa hipótesis de la bala mágica)? ¿Le asesoró alguien? Ahora, 49 años y muchas incógnitas después, un nuevo libro vuelve a señalar la conexión de este crimen con el KGB -apuntada ya anteriormente- y la crisis de los misiles de Cuba.

La obra 'Un espía como ninguno', de Robert Holmes, un ex diplomático inglés que estuvo en la embajada británica en Moscú en 1961, apunta a que **el espía Ivan Serov**, jefe del KGB y luego del GRU -el servicio de inteligencia militar soviético-, ideó, junto con sus aliados Yuri Andropov y Vladimir Kryuchkov, un complot para matar a Kennedy, según cuenta ['The Telegraph'](#).

Lo de la crisis de los misiles de Cuba fue una humillación para Cuba y los comunistas, pensaba Serov, y alguien tenía que pagar por ello. "En la manera estalinista de hacer las cosas, el lema era el siguiente: golpea a tu enemigo y golpéale duro", pensaba el espía ruso. **El enemigo era Kennedy**. El problema es que el presidente ruso Khrushchev mantenía con él una relación, no de amistad, pero sí de cierta diplomacia. De colaboración más que de enemistad.



El grupo más estalinista dentro del KGB no veía con buenos ojos esta actitud. Querían luchar. Y acabar con el enemigo. Ésta, al menos, es la hipótesis del ex diplomático británico, que la ve mucho más plausible que otras conspiraciones que apuntan a la CIA, la mafia o la industria militar.

### ¿Y Oswald?

¿En qué punto Lee Harvey Oswald se convierte en el ejecutor del plan de asesinato? El tema no está claro. Quizás él ya lo había planeado y quienes lo descubrieron dejaron que actuara. Holmes sí considera que el espía conocía a Oswald a través de un intermediario. Su teoría se basa en la vez en que Oswald pidió a tres diplomáticos soviéticos, en Nuevo México, que le consiguieran una visa lo antes posible.

Un nervioso Lee Harvey Oswald, 55 días antes del asesinato del presidente, **hizo lo posible por volver a Rusia** -donde había vivido dos años y a punto estuvo de renunciar a la nacionalidad estadounidense, aunque finalmente no lo hizo y regresó a EEUU-.

La versión que recoge el diario británico es la más extendida. Que Oswald se reunió con los diplomáticos y llevaba una pistola cargada que dejó encima de la mesa. Los rusos la vaciaron antes de devolvérsela y de explicarle, tranquilamente, que no le darían la visa. Quien lo cuenta es Oleg Nechiporenko, uno de los que estuvieron presentes en la escena. Los otros dos eran Pavel Yatskov y Valery Kostikov, agente del KGB y amigo de Serov.

También se grabaron unas conversaciones de Oswald con las embajadas soviética y cubana en México, en las que se ofrecía a atentar contra Kennedy. No obstante, la CIA mantiene **que este personaje era un impostor** y no el verdadero Lee Harvey Oswald.

El comité (House Select Committee on Assassinations o HSCA) que estudió el asesinato concluyó que ni el Gobierno soviético ni el Gobierno cubano estuvieron implicados en el atentado contra Kennedy. Robert Holmes, en su libro, está de acuerdo en que el Gobierno no tuvo que ver, pero considera que los hechos ocurridos en Cuba y algunos miembros de la inteligencia soviética sí pudieron estar implicados. Aunque admite que, quizás, "sean sólo casualidades circunstanciales".

## Historias de la Guerra Fría: Nechiporenko, espía non grato

Notable investigación del diario mexicano Excelsior (México) acerca de Raya Kiselnikova, la secretaria rusa que el 4 de marzo de 1970 ofreció una rueda de prensa en una suite del hotel Vista Hermosa, después de pedir asilo político, y del ex agente soviético Oleg Nechiporenko, quien debió volver a Moscú el 21 de marzo de 1971.

MOSCÚ (Excelsior). En apariencia, casi nada ha cambiado desde 1991 en la antigua plaza Dzerzhinski, donde se topan las amplias avenidas Teatralny y Lubyanski y las calles Lubyanka, Nikólskaya y Miasnítskaya.

En este centro neurálgico de la capital rusa falta, desde luego, la estatua del fundador de los servicios secretos de la URSS, Félix Dzerzhinski. Su altura servía de punto de referencia a los moscovitas y también les recordaba la presencia del Comité para la Seguridad del Estado (KGB). El monumento fue arrancado de su base por una multitud enardecida, en agosto de ese año, y hoy reposa, con otros cacharros de la era soviética, en el parque Gorki.

En la plaza se mantiene el vetusto edificio color ocre que alojó durante décadas al aparato de inteligencia. En la fachada del inmueble, que hoy es sede del cuerpo de guardafronteras y otras áreas del Servicio Federal de Seguridad de Rusia (FSB), se mantienen la hoz y el martillo, tallados en piedra, así como una placa alusiva al ex líder soviético Yuri Andropov, el hombre que mayor tiempo permaneció al frente de la KGB.

"Esa era su oficina", me dice el coronel Oleg Máximovich Nechiporenko, en fluido español, y señala una ventana en el tercer piso.

Durante tres décadas y media, Nechiporenko (Moscú, 1932) trabajó para la KGB, principalmente en el ámbito de la contrainteligencia. Participó en misiones especiales en Vietnam, Líbano y Nicaragua. Por casualidad, su camino se cruzó con los de Lee Harvey Oswald y Ramón Mercader, quienes pasaron a la historia como los asesinos de John F. Kennedy y León Trotski.

Al finalizar su carrera, recibió la visita del senador estadounidense John Kerry, quien doce años después sería candidato a la Casa Blanca y en aquel entonces buscaba información sobre soldados de la Unión Americana perdidos durante la guerra de Vietnam.

Nechiporenko estuvo en México, en dos etapas, a finales de los sesenta y principios de los setenta, como responsable de la seguridad del personal y de evitar su reclutamiento por el "enemigo principal": la CIA.

En esta labor no siempre tuvo éxito, pues, además de las tentaciones de la agencia estadounidense, debía hacer frente, dice, al apoyo que ésta recibía de la Dirección Federal de Seguridad (DFS) y su miembro más conspicuo, Miguel Nazar Haro.

Desde la embajada soviética, y bajo cobertura diplomática, Nechiporenko conoció los entretelones de hechos históricos, como la Crisis de los Misiles, de 1962. Atestiguó el movimiento estudiantil de 1968 y dos sucesiones presidenciales, las de López Mateos y Díaz Ordaz.

En el consulado de la URSS entrevistó a Oswald, cuando éste buscaba una visa para emigrar a aquel país, dos meses antes del asesinato de Kennedy. Años después publicó un libro sobre ese magnicidio, con ediciones en ruso y en inglés, que aporta claves para entender lo que pasó el 22 de noviembre de 1963 en Dallas.

En mayo de 1991, cuando la Unión Soviética comenzaba a resquebrajarse, Nechiporenko decidió que había llegado el momento de su jubilación. Aún podría haber trabajado un año más, hasta cumplir los 60, pero adelantó su salida movido por una ausencia de perspectivas. Mientras remontamos a pie la Lubyanka, delineada por edificios que pertenecen o pertenecieron a los servicios especiales, le pregunto en qué han cambiado éstos, en qué se distingue el FSB de la KGB.

Busco una respuesta rápida, pero Nechiporenko no sólo ha practicado el arte del espionaje, también conoce a fondo su teoría y su historia. No en vano fue profesor de Instituto Andropov, la academia de la KGB.

Así que me responde con una detallada exposición. Mientras pasamos frente a la casa donde Dzerzhinski fundó la Cheka, el antecedente más remoto de la KGB, me explica cómo una persona, "cuyo nombre prefiero no recordar", llegó a la dirección del organismo con la encomienda explícita del presidente Boris Yeltsin de destruirlo. El siguiente lustro, el crimen organizado floreció a lo largo y ancho del país.

Me quedo con lo fundamental de su respuesta: "Los servicios especiales de la URSS nacieron como un instrumento de lucha contra la propiedad privada. El papel de los actuales es proteger a la propiedad privada contra los criminales".

Con o sin estatua, eso es lo que realmente ha cambiado.

Que Raya no llegó a dormir...

La noticia alarmó a los miembros de la rezidentura, la oficina de la KGB en la embajada de la Unión Soviética en la Ciudad de México.

Responsable de la seguridad del personal de la misión diplomática, Nechiporenko mandó llamar a Raya Kiselnikova para preguntarle por los motivos de tan extraña ausencia. La joven y guapa secretaria de la oficina comercial conocía la prohibición explícita de pasar la noche fuera de la vieja casona de Tacubaya. Y es que, por norma, el personal técnico de la embajada vivía en los terrenos de la misión.

Nechiporenko estaba consciente de los peligros que aguardaban a sus colegas afuera de esos cuatro muros. Al oficial de contrainteligencia Pavel Yatskov, la tentación lo tocó un día de pesca, en Puerto Escondido, donde recibió una carta, escrita en ruso, en que la CIA le ofrecía cambiarse de bando, y se comprometía a entregarle medio millón de dólares y darle la ciudadanía estadounidense como pago por su información.

Dos bailarines del Bolshoi, un miembro del Circo de Moscú y un oficial de la GRU (inteligencia militar) también habían sido tentados en territorio mexicano. Los dos primeros habían caído en la red, uno en Guadalajara y otro en la capital, atraídos por sendas mujeres. Por eso, la salida subrepticia de Raya no podía ser tolerada. Menos aún cuando se negaba a revelar dónde y con quién había estado.

"No puedo decirlo", insistía, tajante, la secretaria. Alegaba que había dormido con un colega de la misión, pero que no revelaría su nombre para no comprometerlo. Sólo ella sabía con quién se había acostado esa noche, pero lo más probable es que se tratara de un apuesto joven con acento español que visitaba la oficina comercial con intrigante frecuencia.

La rezydentura envió su recomendación a Moscú: sacar a Kiselnikova de México, pero sin crear sospechas. Casualmente, el equipo soviético de fútbol, que se preparaba para el Mundial de México de 1970, jugaría un partido amistoso contra México en el Estadio Azteca a fines de febrero. De ahí, los futbolistas partirían a Alemania Oriental. Como Raya hablaba alemán, era un buen pretexto mandarla de regreso con la selección.

La anuencia de Moscú al plan quedó plasmada en un telegrama que por error fue enviado a la oficina comercial de la embajada.

Buenos Aires, Argentina, 1931. Policías y soldados del régimen militar del general José Félix Uriburu irrumpen en la sede de Yuzhamtorg, la empresa soviética de comercio exterior, y detiene a su personal. La acusación: ser una agencia de difusión del comunismo.

Entre los conducidos a la comandancia se encuentra el ucraniano Maxim Nechiporenko, responsable de la seguridad de los empleados. Anarquista en sus años mozos, Nechiporenko fue investigado por la policía secreta del zar, por sus actividades políticas. Durante la revolución de 1917 se unió a los bolcheviques y después se convirtió en marinero y delegado del Komintern.

Nechiporenko pide permiso de usar el baño, ve una puerta abierta y aprovecha para escapar. Con ayuda de comunistas argentinos, él, su esposa y su hijo Gleb, de cinco años de edad, abordan un barco alemán en el momento en que descienden de él los agentes de migración.

Ya en Moscú, la familia Nechiporenko se instala en un edificio de departamentos, no lejos de la Lubyanka. Ahí nace Oleg, en 1932. La familia habita la planta baja del inmueble, que alguna vez fue visitado por Lenin, según refiere una placa en la fachada.

Durante la Segunda Guerra Mundial, los aviones alemanes lanzan redadas sobre Moscú. Cuando suenan las alarmas antiaéreas, la gente corre a los refugios. Uno de ellos se encuentra en el sótano de la casa de los Nechiporenko. Durante uno de los ataques, la alarma sorprende a los pasajeros de un autobús a unos pasos del edificio. La boletera es la última en abandonar el vehículo. Justo cuando lo hace, cae una bomba en el camellón. La onda expansiva proyecta al autobús y a la mujer contra la fachada del edificio contiguo.

Después de la guerra, la casa era visitada frecuentemente por desconocidos, que se encerraban en una habitación para cuchichear largamente con su padre. Con el tiempo, el niño Oleg se acostumbró a la presencia de esas personas, a quienes creía "estudiantes" o "amigos de papá". Eso le habían dicho. Un día, su hermano mayor le confesó la verdad: Maxim era una persona de confianza del servicio de inteligencia y el domicilio era al mismo tiempo una casa de seguridad.

Los servicios especiales —entonces llamados NKVD— jugaron un papel fundamental en la defensa de Moscú contra los nazis. Organizaron redes clandestinas para contrarrestar una eventual ocupación alemana de la capital; monitorearon el estado de ánimo de la población y realizaron operaciones de sabotaje detrás de las líneas enemigas. Buena parte de esa actividad clandestina y de control subsistió en la posguerra.

Al hurgar entre los papeles familiares, Oleg encontró revistas y periódicos escritos en español. Su madre le dijo que en esas publicaciones argentinas se hablaba de su padre. Su frustración por no poder leer lo que ahí decía lo llevó a estudiar español en el Instituto de Lenguas Extranjeras.

Años después, cuando pudo leer los textos, supo que relataban la detención de los empleados de Yuzhamtorg. Pese a su satisfacción por comprender lo escrito, le sorprendió que se tratara a su padre como un peligroso espía, provocador, agente subversivo.

"Cuarenta años más tarde, cuando me expulsaron de México, dijeron más o menos lo mismo sobre mí", ríe Nechiporenko.

Cuando leyó el telegrama que no debía caer en sus manos, Raya Kiselnikova se dio cuenta de que su viaje a la Alemania Oriental no tenía que ver con servir de traductora. La estaban regresando a la URSS.

"Habíamos decidido mandarla a... la fregada", dice Nechiporenko, 37 años después. Buena parte de

su relato ha sido corroborado por un ex oficial de la CIA que ha escrito sobre los hechos. Enterada de su destino, Raya quemó sus naves. Según Nechiporenko, buscó al joven español que la había engatusado y huyó.

Cuando volvieron a saber de ella en la rezydentura, estaba en la Secretaría de Gobernación, donde pidió asilo político. Para allá se dirigió Nechiporenko. La encontró en un cuarto, rodeada por personal de la DFS.

"Me puse a hablar con ella. Estaba llorando. Le dije que no tenía nada que temer, que todo se iba a arreglar. Creo que la estaba convenciendo cuando nuestro embajador cometió una imprudencia: llamó a todo el personal de la embajada para que se presentara en Gobernación. Cuando ella vio llegar al chofer de un oficial de inteligencia militar, un hombre temible, se asustó. En ese momento, los agentes de la DFS me dijeron que el tiempo de la entrevista se había terminado".

En su libro *Portrait of a Cold Warrior*, el ex oficial estadounidense Joseph Burkholder Smith, quien se encontraba en México en ese tiempo, escribe su versión: "Una noche de febrero de 1970, nos enteramos de que Raya Kiselnikova había tomado refugio en una estación de policía y había pedido asilo. La política mexicana para otorgar este privilegio aseguraba que se aceptara la petición. Las autoridades mexicanas estaban felices de entregárnosla y olvidarse de ella..."

El 4 de marzo, Kiselnikova apareció ante los medios, en una conferencia de prensa en una amplia y lujosa suite del hotel Vista Hermosa. De acuerdo con la nota del reportero Luis de Cervantes, de *Excélsior*, dijo que no podía soportar más vivir bajo el régimen soviético y denunció que Oleg Nechiporenko la tenía bajo constante vigilancia.

La KGB perdió el rastro de Raya después de que la DFS la condujo a un hotel en Acapulco. "Luego nos enteramos de que se había vuelto drogadicta pero nada más", dice hoy Nechiporenko. Lo importante, sin embargo, estaba por venir: la forma en que la CIA usaría la deserción.

"Ella no sabía mucho, porque trabajaba en la oficina comercial, aunque sí conocía los nombres de quienes trabajábamos en la embajada; pero lo importante para el enemigo era la posibilidad de atribuirle información que había obtenido por otros medios."

Al respecto, Smith hace el siguiente apunte en su libro: "El principal uso que hicimos de la información de Raya fue hacerla pública para avergonzar y hostigar a los oficiales de la KGB en México. En la jerga de inteligencia, a eso le llamamos quemar. El oficial de la KGB que decidimos quemar con el fuego más caliente fue a Oleg Nechiporenko... Había sido un blanco de reclutamiento por muchos años, pero sin que tuviéramos éxito. Como no lo podíamos reclutar, aprovechamos la deserción de Raya para darle amplia difusión al hecho de que fuera un oficial de la KGB... e inventamos la historia de que había sido un importante instigador de las revueltas estudiantiles en 1968..."

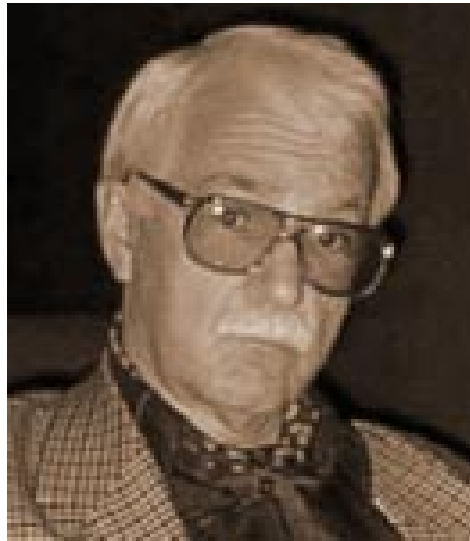
—¿Le ganó la CIA la partida? —le pregunto, mientras bebemos té en una cafetería del centro de Moscú.

—Debo darle crédito por este montaje bien logrado. Pude seguir trabajando con mis fuentes en México, pero también es cierto que sentía que la tierra ardía bajo mis pies. Y a partir de ese momento confirmé que la DFS trabajaba completamente para nuestro enemigo, que simplemente estaba esperando la oportunidad de darme el golpe final.

En los años en que Oleg Nechiporenko estuvo de "servicio" en México ocurrieron varios de los episodios más tensos de la confrontación entre Estados Unidos y la URSS, entre ellos el intento de invasión a Cuba, la crisis por el supuesto hallazgo de misiles en la isla, el asesinato del presidente Kennedy y los movimientos sociales del '68.

### **Entrevista: Oleg Nechiporenko, ex coronel del KGB. "De nuevo existe aquel clima de Guerra Fría en el que me desarrollé"**

*Considerado por la CIA en los años 60 como «el mejor oficial del KGB en Latinoamérica», hoy es en Rusia un oráculo del espionaje y un experto en la críptica 'ciencia' de los servicios secretos*



«El primer espía de la historia fue la serpiente que tentó a Eva». La frase es de Oleg Nechiporenko y sintetiza una visión del espionaje como práctica primigenia y consustancial a la condición humana. Analista principal de la Fundación Nacional rusa contra el Crimen y el Terrorismo, Nechiporenko se siente «rejuvenecido» por los nuevos aires de Guerra Fría que recorren Europa y que le hacen rememorar sus años mozos al frente del contraespionaje soviético en Latinoamérica. Los momentos más calientes de la Guerra Fría los vivió en México entre 1961 y 1965, y más tarde entre 1967 y 1971. También ayudó a Nicaragua y a la Cuba castrista a organizar su Inteligencia. Su libro *Tres balas para el presidente*, sobre el asesinato de J. F. Kennedy (entrevistó a Lee Harvey Oswald en México dos meses antes de la muerte del presidente estadounidense), es un clásico para los estudiosos del tema y pronto saldrá en español. El ex coronel del KGB repasa, en entrevista con EL MUNDO, las prácticas de espionaje ruso tras la detención de Roberto Flórez García, el primer topo arrestado en la democracia española.

*Pregunta.- ¿Puede perjudicar este arresto a las relaciones entre Rusia y España?*

Respuesta.- No creo, porque no es un episodio tan grave, sino transitorio. La responsabilidad recae sobre una persona. Si alguien viene y te ofrece algo, la obligación de cualquier servicio de Inteligencia es coger la información que te dan. No se trata de un intento de reclutamiento de un funcionario o de algo así.

*P.- ¿Qué interés puede tener España para un servicio de Inteligencia como el FSB ruso?*

R.- España siempre tiene valor estratégico por su situación geopolítica. En la época de Franco, era una plaza de armas de EEUU, donde había bases militares. Ahora tiene importancia como punto de tránsito de posibles terroristas desde el continente africano o de criminales internacionales y narcotraficantes.

*P.- ¿Sigue el FSB el rastro de la mafia rusa en España?*

R.- En cualquier país cuyos ciudadanos salen de forma creciente a otro, se despierta el interés sobre este fenómeno en los servicios especiales. Inevitablemente, entre esta gente puede haber elementos criminales que escapan de la Justicia en su país, o trasladan dinero negro, etcétera. Por eso es tan importante la colaboración entre los servicios secretos.

*P.- ¿No se resiente esta colaboración cuando salta un caso así?*

R.- Sí, pero sólo temporalmente [risas].

*P.- Flórez García se puso en contacto con el FSB por iniciativa propia. ¿Son comunes estos casos?*

R.- Los casos más sonados de espionaje en toda la Historia, como regla general, estaban vinculados a personas que, por su propia iniciativa, ofrecían sus servicios. En la jerga se les llama *initsiativniki*, los que muestran la iniciativa.



*P.- ¿Cómo responden los servicios secretos ante tal ofrecimiento?*

R.- La persona que se ofrece a otros servicios especiales siempre es examinado con un grado de confianza del 50%: o está controlado por sus servicios especiales o puede que sea fiable y tenga sus propias razones. Eso siempre es así. Y claro que los servicios que reciben tal ofrecimiento intentan, a partir de una serie de indicios, establecer la posición del agente para saber si es o no un gancho de otro servicio secreto.

*P.- ¿Se puede hablar de un resurgimiento del espionaje ruso?*

R.- Desde hace un año se ha desatado una ola de declaraciones en Finlandia, los países bálticos, Polonia, EEUU y ahora Inglaterra sobre la conducta agresiva del espionaje ruso contra uno u otro país. Durante la Guerra Fría eso pasaba cuando en EEUU se tenía que aprobar en el Congreso el presupuesto para los servicios especiales. Entonces sobrevenía de forma brusca un auge de declaraciones infundadas, pero muy sonoras, sobre la reactivación del KGB. Ahora todo eso se repite. Para mí es un déjà vu. Todo eso evidentemente va a continuar. Me siento rejuvenecido porque de nuevo existe aquel clima en el que me desarrollé, esa atmósfera de la Guerra Fría.

*P.- Usted dice que vivimos en la tercera fase de la Guerra Fría...*

R.- La Guerra Fría no empezó con el discurso de Churchill de 1946, sino en los sucesos acaecidos en Rusia en 1917. Desde ese momento, los iniciadores de la Guerra Fría y los participantes activos en ella fueron los británicos. Después de la Segunda Guerra Mundial se reanudó la Guerra Fría. Y ahora los nuevos, y relativamente jóvenes, políticos de Inglaterra intervienen por tercera vez como iniciadores de una nueva etapa.

### «Se buscan agentes dobles; llame al teléfono 495.9142222»

Desde los tiempos más crudos de la Guerra Fría, los desenmascaramientos de agentes dobles son encajados por Moscú con el mutismo desafiante del torero que recibe una cornada superficial. Tras el arresto en Tenerife del ex agente del CNI Roberto Flórez García, los rusos se hacen los suecos y el Servicio Federal de Seguridad (FSB, ex KGB) «no comenta» un incidente natural en la práctica del espionaje internacional. Tan natural que, en la página web del FSB ([www.fsb.ru](http://www.fsb.ru)), se invita a los ciudadanos de otros países a que colaboren con ellos y llamen al «teléfono de confianza 495.9142222» para convertirse en topos. «Los ciudadanos rusos que colaboren con los servicios especiales extranjeros pueden comunicarse con el FSB para convertirse en un agente doble», se lee en la página web. Se puede decir más alto, más bajo, con tono susurrante, pero no más claro. En el mismo párrafo se garantiza a los futuros agentes que su sueldo también será doble y que se liberarán de responsabilidad penal si informan con antelación al FSB de sus vocaciones de espías.

Para el ex coronel del KGB Oleg Nechiporenko, la única novedad de este método reside en el canal. «Los tiempos cambian», asegura entre risas. Sin embargo, la práctica viene de lejos, y no sólo de Rusia. «Los servicios de Estados Unidos siempre hacían esto, sobre todo con la gente soviética que emigraba allí, con los judíos soviéticos... Siempre les proponían colaborar y nombraban a la gente que conocían del KGB», recuerda Nechiporenko.

Pese al creciente clima de tensión que enfrenta a Londres con Moscú por el envenenamiento con polonio radiactivo del ex agente Alexander Litvinenko, el presidente ruso, Vladimir Putin (que ejerció de agente del KGB en Alemania), felicitó ayer al brazo del espionaje exterior ruso porque «contribuye a fortalecer las posiciones internacionales» de Rusia e hizo un llamamiento para que «incrementen sus capacidades».

## JFK y Castro se encuentran medio siglo más tarde

Se alborotó el avispero a los 50 años del asesinato de John F. Kennedy. El Secretario de Estado John Kerry no descarta que Fidel Castro o los soviéticos estuvieran detrás de esa muerte. Lo acaba de afirmar a media lengua. No cree, como medio país, la tesis oficial de que Lee Harvey Oswald era un loco suelto que actuó por su cuenta y riesgo.

Kerry no es el primer funcionario norteamericano de alto rango que tiene esa sospecha. El presidente Lyndon Johnson, sucesor de Kennedy, pensaba lo mismo. Joseph Califano, Secretario del Ejército en esa época, coincidía con su presidente. Winston Scott, el jefe de la CIA en México, país al que Oswald acudió poco antes del crimen y se entrevistó con diplomáticos cubanos y soviéticos, sostenía algo similar.

No disputaban que Oswald hubiera disparado. Era su rifle, eran sus huellas digitales y lo prueban los exámenes balísticos. Incluso, casi todos, aunque con dudas, aceptaban que fue el único tirador, pero algunos suponían que el asesino había sido dirigido hacia su objetivo por la mano cubana. (O, al menos, como barrunta Brian Latell, alto oficial de la CIA en su libro *Castro's Secrets: Cuban Intelligence, the CIA, and the Assassination of John F. Kennedy*, La Habana conocía lo que iba a suceder).

Castro tenía razones para alentar la muerte de Kennedy. Sabía que el presidente norteamericano estaba tratando de asesinarlo. Y lo sabía –según Latell– porque uno de los presuntos magnicidas, el Comandante Rolando Cubela, era un doble agente. Lo sabía, también, porque alguno de los gánsters detenidos en Cuba le había contado a sus captores que la Mafia había sido cooptada, nada menos que por Bobby Kennedy, para liquidar a Fidel.

El gobierno cubano niega su vinculación al crimen y ha puesto en circulación otras hipótesis improbables a manera de cortina de humo. Fidel Castro insinúa que fue Lyndon Johnson. Pero su aparato de desinformación afirma que fueron los exiliados cubanos. Concretamente, Herminio Díaz, un antiguo compañero de Fidel Castro en una violenta organización gangsteril llamada Unión Insurreccional Revolucionaria (UIR) de los años cuarenta, y Eladio del Valle, un excongresista cubano.

Ninguno de los dos podía defenderse de la acusación porque habían sido asesinados. Herminio, cuando desembarcaba clandestinamente en Cuba. Del Valle apareció muerto de un tiro en el pecho y un machetazo en la cabeza. Su muerte ocurrió en Miami. Nunca se supo quiénes lo ejecutaron, pero las investigaciones apuntaban a un *trabajo* de la inteligencia cubana.

Hay cuatro fuentes que no cuentan todo lo que saben. La primera es Estados Unidos. Washington mantiene censuradas cientos de páginas relacionadas con el viaje de Oswald a México y sus relaciones con los servicios cubanos. ¿Por qué? Una hipótesis es que el crimen se hubiera podido evitar si se hubiera transmitido correctamente todo lo que sabía la estación de la CIA sobre las relaciones de Oswald con el aparato castrista. Ocultan un caso terrible de negligencia.

La segunda es La Habana y, especialmente, el oficial de inteligencia Fabián Escalante –hoy general–, quien, aparentemente, estaba en Dallas el día del asesinato. Escalante, además, pudiera aclarar las relaciones (¿íntimas?) entre Silvia Tirado de Durán, empleada del consulado cubano en México, y Oswald. También, la participación del asesino en una fiesta “cubana” en DF, como relatara la escritora mexicana Elena Garro, presente en el baile.

La tercera es Moscú. La inteligencia soviética sabe mucho sobre Oswald. No es lógico que la URSS hubiera utilizado a una persona con la biografía de este personaje para matar al presidente norteamericano, dado que inmediatamente hubiera despertado sospechas, pero es muy significativo que Oswald se hubiera reunido en México con Oleg Nechiporenko, un agente de inteligencia de quien se afirma que no era extraño a estas siniestras tareas.

Pero acaso el testimonio más importante es el de la Mafia. ¿Por qué Jack Ruby, un hampón de poca monta, decide ejecutar a Oswald “para ahorrarle a Jacqueline Kennedy la pena de participar en un juicio doloroso”? Conmover, pero impropio de un endurecido gangstercillo. Oswald había negado ser el autor del asesinato y en ese momento todo era muy confuso. ¿Trataba Ruby de borrar otras huellas?

Cuando se cumplan 100 años de la muerte de JFK tal vez sepamos un poco más. O nunca.

## ¿Una visita de L.H. Oswald a México definió el asesinato de Kennedy?

Los documentos que Trump autorizó revelar, guardan evidencias del crimen más famoso del siglo XX



Al mediodía, una bala calibre 399 atravesó la cabeza del presidente John F. Kennedy desde la nuca hasta la frente, y lanzó su cuerpo contra el respaldo del auto en el que recorría la ciudad de Dallas, Texas; sólo horas más tarde, la prensa ya mostraba a Lee Harvey Oswald como el presunto francotirador. Era el 22 de noviembre de 1963. Y tres días después del magnicidio, Excélsior publicaba que, un domingo como hoy, pero de hace 50 años, este asesino estuvo en la Ciudad de México reunido con funcionarios socialistas, 54 días antes de cometer el crimen que dejó una profunda cicatriz en Estados Unidos, la poderosa nación.

A pesar de que ya ha transcurrido casi medio siglo, de las múltiples investigaciones hechas, de las teorías de conspiración e informes que continúan arrojando tinta, todavía faltan varias incógnitas por despejar sobre el magnicidio del siglo XX. Lo cierto es que siempre un eje del asesinato de Kennedy conduce hacia Oswald, al que el escritor Norman Mailer, después de dedicar casi un millar de páginas a su biografía, lo denominó el “fantasma” de Norteamérica.

Y como fantasma, alrededor de Lee Harvey Oswald existe una montaña de misterios y contradicciones. Algunas teorías, por ejemplo, refutan la investigación oficial del homicidio de Kennedy, la Comisión Warren, la cual concluyó que Oswald fue el único francotirador o asesino solitario y lo consideran un simple chivo expiatorio, como lo afirmó el propio Harvey al ser capturado.

### **ROMPECABEZAS INCONCLUSO**

Pero así como el homicida, México también ha sido pieza clave del rompecabezas para esclarecer el móvil del asesinato, porque aquí en la Ciudad de México, Oswald se reunió con funcionarios del gobierno cubano, así como agentes secretos rusos, en pleno clímax de la Guerra Fría, cuando Kennedy representaba al principal enemigo de los socialistas.

Excélsior hizo una reconstrucción de los cinco días que Oswald pasó en el DF, obsesionado por conseguir una visa cubana de tránsito hacia Rusia, a través de los testimonios que aseguraron a la Agencia Central de Inteligencia (CIA); a la entonces Dirección Federal de Seguridad (DFS) o la agencia de inteligencia rusa KGB; haber visto al homicida de Kennedy en tierra azteca.

La ruta de Oswald en el Distrito Federal fue tan diversa y extensa que se tienen registros del hotel donde se hospedó, a unas escasas cuerdas del Monumento a la Revolución; testimonios de los

funcionarios de los consulados cubano y ruso que lo atendieron en sus oficinas; un ex estudiante de la UNAM, que aseguró estar con él en la Facultad de Filosofía y Letras; una pintora que según lo vio en una fiesta de twist y caminando sobre avenida Insurgentes; además del informe Warren que argumentó, un domingo como hoy de hace exactamente 50 años, el turista disfrutó de una corrida de toros.

Entre las descripciones sobre Oswald, la mayoría de los testigos concuerdan en que era un hombre pálido, iracundo, desaliñado y vestía ropas oscuras; que no hablaba español, que estaba casado con una rusa y de ideología marxista-leninista.

Lee Harvey Oswald llegó a Nuevo Laredo, Tamaulipas, el jueves 26 de septiembre de 1963, entre la 1:30 y dos de la tarde, en el autobús No 5133 de la línea Continental Trailways, que había abordado entrada la madrugada en Houston, Texas, pasando por Corpus Christi y Alice.

Como a las seis de la mañana, el doctor John B. McFarland y su esposa, mientras intercambiaban palabras con él durante el trayecto, escuchaban a Oswald decir que iría a Cuba, vía Ciudad de México.

Una vez Lee Harvey Oswald en suelo mexicano y con la autorización para entrar al país, un funcionario leyó el acta de nacimiento del pasajero, documento que lo acreditaba como estadounidense; y colocó dos sellos encimados en su tarjeta de turista: uno era del Consulado General de México con el escudo oficial del país del águila devorando una serpiente y el otro de la Secretaría de Gobernación con la fecha de ingreso de Oswald.

En esa papeleta se puede leer también la firma del homicida en manuscrito, con letra pequeña e inclinada hacia la derecha. “Lee H. Oswald”.

Nueve días antes de llegar a México, el 17 de septiembre, Oswald visitó el consulado mexicano en Nueva Orleans para solicitar un permiso de 15 días, que obtuvo con el folio: 24085. Dijo estar casado y que su profesión era fotógrafo.

Pero, ¿cuál fue el propósito de Oswald al invertir 85 dólares con 89 centavos (datos de la Comisión Warren) en un viaje a México? Su única intención era conseguir la visa de Cuba y Rusia, para poder volar a la isla, porque el gobierno norteamericano prohibía a sus nacionales viajar directamente a estos dos destinos socialistas.

Según la biógrafa de Lee Harvey Oswald, Priscilla Johnson Mcmillan, por lo menos cinco años antes de que él pisara el Distrito Federal, se había obsesionado con ir a La Habana y convencer a los cubanos que lo dejarán vivir allá.

Oswald “le explicó a Marina (su esposa), que quería ir a Cuba para enseñar al ejército de Fidel, cómo repeler una invasión estadounidense”, escribió Mcmillan.

Y aunque Marina lo tiró de loco y pensó que era una broma de su marido, aceptó y le dijo que si era necesario iría a Cuba, pero de manera legal, entonces fue cuando Oswald se subió a un autobús rumbo a México para conseguir los papeles.

### **HUBO LLANTO, RABIA Y FIESTA**

El viernes 27 de septiembre, Lee Harvey Oswald llegó al Distrito Federal. A las 10:00 de la mañana, bajó del autobús número 516, de la línea Flecha Roja. Durante su recorrido de 20 horas de Nuevo Laredo a la capital conoció a dos jóvenes australianas, a quienes les contó que hacía tiempo había visitado la Unión Soviética, además les recomendó hospedarse en el hotel Cuba, detalló el expediente de Oswald de la desaparecida Dirección Federal de Seguridad (DFS), resguardado en el Archivo General de la Nación (AGN).

Luego se trasladó hacia el hotel Comercio, en la colonia Buenavista, a la calle de Fray Bernardino de Sahagún # 9, refugio en aquella época para cubanos anticastristas y que ahora no es más que un lugar en decadencia, infestado de plagas y alquilado por prostitutas.

Pero así como Oswald iba registrándose en la habitación número 18, así mismo salía del hotel para dirigirse al consulado cubano. Una hora más tarde de su llegada, a las 11 de la mañana, comenzaba la primera de tres visitas a esa sede diplomática.

Mientras Oswald solicitaba la visa de Cuba con Rusia como destino final, presentaba a Silvia Tirado de Durán, secretaria del cónsul, los documentos que había adquirido durante los tres años que vivió en Rusia y que creyó suficientes para lograr el permiso: un pasaporte que acreditaba su estadía en

la URSS; la cédula de trabajo de ese país escrita en ruso; cartas en el mismo idioma y su certificado de matrimonio con la ciudadana soviética Marina Prusakova. También explicaba que en Nueva Orleans dirigía una organización llamada “Trato justo para Cuba” en apoyo a esta nación y era miembro del Partido Comunista en Estados Unidos.

Silvia Tirado anotó todos los datos que fue escuchando e inició el llenado de la respectiva solicitud, aunque le advirtió que para obtener la visa de Cuba debía tener previamente el visado soviético.

Como la secretaria se conmovió por el gran interés de Oswald de servir a Cuba, llamó al consulado soviético para exponer el caso y en un papel que dio al solicitante, escribió su nombre “Silvia Durán” y el teléfono de la oficina para que la llamara por si conseguía la visa rusa.

### **PRIMERA EN DECLARAR**

Apenas habían transcurrido unas 30 horas del asesinato del presidente Kennedy, y la secretaria del cónsul ya estaba arrestada por la DFS, narrando los detalles sobre su entrevista con Oswald (dos meses atrás) frente al capitán Fernando Gutiérrez Barrios, subdirector Federal de Seguridad, quien dirigió personalmente el interrogatorio y pocos años más tarde sería acusado como uno de los principales represores del gobierno contra las organizaciones de oposición.

Del homicida, la mexicana Silvia Tirado declaró que lo reconoció por la televisión como el mismo individuo que había atendido. Que toda la plática que sostuvo con Oswald fue en inglés, porque no hablaba español; además dijo que el estadounidense pretendía viajar a Cuba por dos semanas o más tiempo y sobre su aspecto aseguró que era “rubio, bajo, vestido poco elegante y el rostro se le ponía rojo cuando discutía”.

Cuando la secretaria negó la visa cubana al estadounidense por no contar con la soviética, Oswald pidió hablar con su jefe, el cónsul Eusebio Azcue, para ver si podían darle un permiso para viajar sólo con los documentos que llevaba, pero el funcionario respondió negativamente.

Luego de pasar unos 20 minutos en la sede diplomática, Oswald se salió a tomarse unas fotografías que faltaban para completar su solicitud y partió hacia el consulado soviético.

“Aproximadamente a la una de la tarde, me llamó Valery Kostikov (funcionario del departamento consular de la embajada soviética en México), quien se encontraba de guardia, y después de informarme que había un norteamericano solicitando una visa a la URSS me pidió que viniera a ver de qué se trataba”, contó el ex agente de espionaje soviético de la KGB, Oleg Nechiporenko, en su libro *Passport to Assassination*.

Aquel día de septiembre de 1963, Oswald estaba sumamente intranquilo. Hablando en ruso, le platicó a Nechiporenko que había vivido en la URSS y que el FBI le estaba haciendo la vida imposible desde que había vuelto a Estados Unidos.

Aunque el ex agente le explicó que, por norma, siendo un ciudadano estadounidense, tenía hacer los trámites desde su país, le ofreció los formatos que debía llenar para emigrar a la URSS, pero le advirtió que dichos papeles serían enviados a Moscú y que la respuesta podía demorarse hasta cuatro meses.

Molesto por la respuesta, en gran estado de agitación, Oswald se acercó a Nechiporenko y le gritó a la cara: “Eso no me basta, no es lo que yo necesito! ¡Para mí esto va a terminar en una tragedia!”

Furioso y con las fotos en mano, regresó al consulado cubano para completar su solicitud, pero ahí volvió a perder los estribos al obtener la misma respuesta que le había dado Nechiporenko, pues los funcionarios soviéticos ya se habían comunicado por teléfono con el cónsul Azcue (conversación grabada por la CIA), para explicarle que la aprobación de la visa rusa de este joven de 24 años, podría demorar.

Al ver la cara enrojecida de Oswald y su violenta actitud por la frustración de las visas negadas, Silvia Durán, de inmediato, llamó a su jefe, Eusebio Azcue, para que tratara de calmarlo. Sin embargo, con “una mirada fría”, dijo el cónsul, el estadounidense pronunció sentencias en contra de Cuba y la llamó una burocracia.

Después protagonizar esta agresiva conversación, el cónsul le reprochó que gente como él perjudicaba a la Revolución Cubana y que, por lo tanto, no se le daría la visa que solicitaba. Y, molesto, le pidió al individuo abandonar el consulado.

**“¡VEAN LO QUE TENGO QUE CARGAR!”**



A pesar de que ese viernes Lee Harvey Oswald se cerró las puertas de ambos consulados, al día siguiente, el sábado 28, no se dio por vencido y regresó a las dos sedes.

Cuando el personal del consulado soviético se preparaba para jugar voleibol, Oswald llegó. Esa vez fue recibido por Valery Kostikov y Pável Yatskov. Oswald se veía nervioso y desaliñado. Rogó que le dieran la visa y se soltó llorando, porque temía que el FBI lo mandara matar. Luego, dijo que aquí también se sentía perseguido, y sacó un revólver de la bolsa izquierda de su saco. “¡Vean lo que tengo que cargar para proteger mi vida!”, gritó, y puso la pistola sobre el escritorio.

Yatskov tomó el arma y vació la recámara. Nechiporenko, quien se había retrasado, escuchó la discusión y entró en la oficina. En ese momento, Kostikov reiteraba la posición del consulado. Ante la nueva negativa, Oswald pidió a los soviéticos que le ayudaran a tramitar una visa para viajar a Cuba, pero éstos le respondieron que esa decisión correspondía a los cubanos. Antes de irse, el ex infante de Marina estadounidense soltó una amenaza: “Si no me dejan vivir tranquilo (en Estados Unidos) voy a tener que defenderme”.

### **TOROS, MUSEOS Y CINE**

Un domingo como hoy, también 29 de septiembre, fue el único día que no se tiene registro de un Oswald persiguiendo obsesionado las visas socialistas. Como cualquier otro turista, se paseó por la ciudad, asistió a una corrida de toros, por la tarde visitó algunos museos y vio una película en algún cine del Distrito Federal.

“Comentan que era una persona muy callada, que salía en las mañanas, que salía a desayunar, después salía por un periódico y en la tarde salía a comer”, relató María de la Luz Gutiérrez, encargada del hotel Comercio al periodista Mauricio Laguna Berber.

Pero como Oswald ya había agotado cualquier posibilidad de volver a los consulados, el lunes 30 se le ocurrió ir a la UNAM en busca de alumnos pro castristas que le ayudarán a persuadir a la embajada cubana para otorgarle la visa.

El reportero Óscar Contreras Lartigue informó en marzo del 67 a B.J. Ruyle, cónsul americano en Tampico, que él y otros compañeros vieron a Lee Harvey Oswald, mientras atendía el Cine Club de Filosofía de la UNAM y que permaneció con los estudiantes el resto del día y la tarde. Lo describió como un hombre introvertido y extraño.

El mismo lunes, ya con la esperanza perdida, Oswald comenzó los preparativos para regresar a Dallas, Texas, a lado de su esposa. Reservó por la tarde un espacio en la línea Transportes del Norte, a través de la Agencia de Viajes “Transportes Chihuahuenses”.

### **“CALLADO Y MIRANDO AL PISO”**

Aunque la fallecida pintora Elena Garro negó siempre las declaraciones que supuestamente hizo sobre Oswald de manera confidencial a Charles William Thomas, un funcionario de la embajada de Estados Unidos, se filtró a través de un memo de la CIA, que ese lunes 30 por la noche, estuvo en la misma fiesta que Lee Harvey Oswald, organizada por funcionarios cubanos y a la que también asistió la secretaria Silvia Durán.

Se acordaba del día (lunes) “porque le parecía una fecha extraña para una fiesta”. Y el hombre que ella reconoció como Oswald “vestía un suéter negro. Estuvo callado y mirando al piso” y no se movió de la chimenea, donde platicaba con otras dos personas.

El martes 1 de octubre, a las 6:30 de la mañana, Oswald pagó la cuenta del hotel Comercio y se fue del lugar para dirigirse hacia la Terminal de Transportes del Norte y abordar el autobús 332, asiento 12, con destino a Nuevo Laredo. En la ciudad de Monterrey, Nuevo León, a las 10 de la noche, los pasajeros transbordaron a un vehículo de relevo de la misma línea, número 373.

Y el miércoles 3 de octubre del 63, el funcionario mexicano Alberto Arizmendi Chapa se encargó de autorizar la salida del país de Oswald. Dos meses después de su misteriosa visita a México, una bala calibre 38, disparada por el mafioso Jack Ruby, terminó en el abdomen de Lee Harvey Oswald y con este proyectil se aniquiló la posibilidad de escuchar la versión del ex marino estadounidense y esclarecer el magnicidio del siglo XX, que a 50 años de distancia continúa siendo una gran leyenda.

## ¿Quién es usted, Lee Harvey Oswald?

*Nikolai Dolgoplov*

Entrevista al coronel retirado del servicio de inteligencia Oleg Nechiporenko, que conoció a Lee Harvey Oswald cuando se hallaba trabajando en misión diplomática en la embajada de la Unión Soviética en México.

Oleg Maksimovich, se cumplen 50 años del día en que el magnicida disparó tres balas contra John F. Kennedy desde el Depósito de libros escolares de Texas. Pero circulan muchas versiones de los hechos: se habla de un complot orquestado por magnates petroleros norteamericanos contra un Kennedy que les estorbaba, de las intrigas de los radicales cubanos e incluso de las artimañas de los servicios de inteligencia soviéticos. Se comenta que Oswald sólo fue el chivo expiatorio, como él mismo se autodenominó ante las cámaras de televisión. Es hora de desvelar los secretos.

Tengo mi propia opinión de esta historia. Y con lo de “chivo expiatorio” estoy totalmente de acuerdo, a diferencia de algunos de mis antiguos colegas de los servicios secretos.

El coronel retirado de los servicios secretos Oleg Nechiporenko conoció al asesino del presidente de Estados Unidos John F. Kennedy. Poco antes de la tragedia, mientras Nechiporenko se encontraba trabajando en la embajada de la Unión Soviética en México, coincidió con Lee Harvey Oswald, quien había acudido a la representación diplomática para solicitar un visado, que se le denegó. Después de jubilarse, Nechiporenko se convirtió en escritor y varios de sus libros que abordan el asesinato del presidente Kennedy han llegado a ser títulos superventas.

**Empecemos por lo más sencillo: Oswald, que había llegado a la Unión Soviética con visado de turista y que pidió asilo político en 1959, era un individuo bien conocido para la KGB.**

¿Considera usted que esto es “sencillo”? He publicado varios libros sobre esta historia y me ha llevado muchos años investigar a fondo el expediente del caso de Oswald.

**¿Esos datos se recogen también en el expediente?**

¿Usted qué cree? Los dos años y medio que vivió en la Unión Soviética quedaron plasmados en seis voluminosos tomos. Imagínese: corría el año 1959, entre nuestros países se tendía una implacable cortina de acero y de pronto un exmarine estadounidense y soldado de infantería se declara marxista, quiere participar en la construcción de la sociedad socialista, pide que se le conceda la ciudadanía soviética.

El caso era de lo más insólito, suscitó una reacción en nuestras más altas esferas. Y el KGB se sumó a la investigación.

**¿Los servicios especiales sometieron a Oswald a vigilancia?**

Sí, estuvo vigilado desde el primer día que pisó la Unión Soviética como turista: desde el 16 de octubre de 1959 hasta su partida, un día de mayo de 1962. Por aquel entonces dos subdivisiones de la KGB se ocupaban de los turistas extranjeros. La Primera Administración Principal (PGU) se interesaba por posibles candidatos con el fin de reclutarlos y utilizarlos después como agentes en el extranjero. Y la Segunda Administración Central –el contraespionaje– se encargaba de destapar agentes enemigos.

Pero Oswald se adelantó a los acontecimientos: cuando llevaba dos días en la Unión Soviética, tras pedirle ayuda a la guía Rimma Sh., escribió una petición en la que solicitaba la ciudadanía soviética.

**¿Y Rimma Sh. era una agente vuestra?**

Prácticamente todos los trabajadores del Intourist colaboraban con nosotros. Así eran esos tiempos. Y la petición del estadounidense, al que enseguida se le puso el nombre en clave de “Lota”, fue estudiada y examinada por agentes del KGB, la inteligencia militar, el Ministerio de Asuntos Exteriores, el Departamento de Visados y Registro, el Intourist y la Cruz Roja.

La decisión de denegarle la ciudadanía la tomaron el ministro de Asuntos Exteriores Gromyko, el presidente del KGB Semichastni y el camarada Anastás Mikoyán, que supervisaba las cuestiones internacionales en el gobierno y en el Comité Central del Partido.

**Ya veo que les hizo trabajar a destajo. ¿Y por qué lo apodaron “Lota”?**

El caso tuvo una repercusión enorme. ¡Cuántas organizaciones se implicaron en él! El apodo de Lota se debe a nuestros trabajadores, que tenían una imaginación desbordante. Si se mira atentamente

el retrato de Lee Harvey Oswald realmente parecía este pez alargado. Y hay que decir que tenía una energía asombrosa.

Cuando su petición se demoraba, conseguía sacar de quicio a todo el mundo. Y todo esto sin saber hablar ruso. Escribía cartas, suplicaba y cuando finalmente le denegaron la ciudadanía rusa se intentó suicidar.

### **No conocía este capítulo de su historia.**

Se cortó las venas, lo ingresaron en el hospital Botkinskaia. Pero el corte era bastante superficial, así que perdió un poco de sangre sólo para atemorizarnos. En ese momento todo el mundo, incluido el KGB, entendió que Oswald era un solicitante difícil donde los haya.

Si tenía un objetivo en mente, no daba un paso atrás. ¿Lo entiende? ¿Qué ocurriría con él? ¿Y si de veras se quitaba la vida? Entonces estallaría un escándalo en todo el mundo: un hombre con convicciones de izquierdas sueña con obtener la ciudadanía soviética, se la deniegan y de ese modo lo empujan a la muerte. Para Occidente era un regalo.

Al final, se tomó la decisión de no concederle la ciudadanía una vez hubo agotado el permiso para residir temporalmente en el territorio de la Unión Soviética.

### **¿No intentaron utilizarlo como posible agente los servicios secretos o el contraespionaje?**

Al contraespionaje le bastaron algunas semanas para estudiar al sujeto, llevaron a cabo una investigación especial y dictaron una resolución: “El ciudadano estadounidense Lee Harvey Oswald carece de interés para nuestro organismo”. La GPU tampoco quiso contar con sus servicios.

### **Oleg Maksimovich, ¿se puede afirmar entonces rotundamente que Oswald no era un agente soviético?**

Nunca lo fue. Ni siquiera pasó por ninguna etapa de reclutamiento. Para nuestros servicios especiales era una *persona non grata*. Además, se albergaban muchas dudas con respecto a él, no se excluía que fuera espía de los norteamericanos. Y cuando se mudó a Minsk fue como si nos quitáramos un peso de encima: transferimos el caso al KGB de Bielorrusia. Y, como me comentó en una charla el expresidente del KGB, Semichastni, “el control de Oswald allí se volvió rutinario, se empleó para ello la red de agentes, los medios técnicos al alcance, la vigilancia sobre el terreno...”.

### **No se entiende muy bien por qué se le trasladó a Minsk.**

Querían enviarlo a los Países Bálticos, pero Oswald se negó categóricamente. Costó trabajo que aceptara que se le destinara a Minsk. Pero finalmente estuvo conforme, se le asignó un empleo en una fábrica de radios como operador de rango inferior, y el Centro dejó de interesarse del todo en él.

### **Sería algo complicado para él sobrevivir con un empleo de rango inferior.**

No fue un problema.

Se le concedió mediante la Cruz Roja 5.000 rublos por decisión del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, se le asignó una vivienda, etc.

### **Para los estándares de entonces era una suma considerable, sin duda. Pero, aun así, Oswald decidió marcharse a Estados Unidos.**

Era un perezoso. Trabajaba con negligencia. Y no le interesaba el marxismo ni nada. No aprendió bien el ruso. En cambio, no faltaba a ninguna fiesta, le gustaban las chicas, se casó con una de veinte años llamada Marina Prusakovaia. Estos fueron todos sus logros. En Minsk ni siquiera lo siguieron agentes serios.

Se tenía la impresión de que acabaría yéndose. Cuando surgieron complicaciones con la partida de nuevo dio muestras de una energía y destreza insólitas. Resultó que, en contra de lo que había declarado previamente, Lee no había renunciado a la ciudadanía estadounidense. Se fue con su joven mujer de Minsk, Marina, que había dado a luz a un niño, y todos suspiraron con alivio. Nos costó caro este chico egoísta y nervioso. Y todo para nada, a fin de cuentas. Después de la partida se llegó a una conclusión firme: “Durante la investigación de Oswald, no se obtuvieron datos que probaran su relación con las agencias de inteligencia estadounidenses”.

**¿Pudo un hombre como Lee Harvey Oswald matar en solitario al presidente de Estados Unidos, a pesar de toda las medidas de seguridad americanas y de que era un pésimo tirador?**

Sí, pudo hacerlo. ¿Y quién le ha dicho que «Lota» era un mal tirador? Cuando estaba en Minsk se compró un fusil de caza. Y en Estados Unidos también adquirió un rifle.

**Usted es uno de los tres funcionarios de la embajada soviética en México que conversó con Oswald cuando, poco antes del asesinato de Kennedy en Dallas, acudió a solicitar un visado soviético. ¿Por qué se lo denegaron? ¿Qué les puso en guardia?**

En el domicilio de Oswald, cuando ya se había producido el asesinato de Kennedy, los norteamericanos encontraron los documentos en que se le denegaba la petición de entrada en la Unión Soviética. ¿Se imagina el escándalo que se hubiera armado si le hubiéramos concedido el visado? El 27 de septiembre de 1963 Lee Harvey Oswald vino a la embajada. Al principio de la charla parecía retraído, luego se volvió más comunicativo.

Contó su vida en Minsk, su matrimonio con una ciudadana soviética. Y su deseo de viajar de nuevo a la URSS lo explicó por la vigilancia constante a la que se veía sometido por parte del FBI. Hablaba con rabia, luego con excitación. Me pareció un neurasténico. Claro que Oswald en Minsk estaba bajo nuestra observación, pero la idea de una posible colaboración con él no surgió durante la hora de charla.

**¿Por qué?**

No reunía las aptitudes requeridas. Hablaba en ruso, pero alteraba las palabras, la pronunciación era espantosa, a veces pasaba a hablar en inglés. También se produjo en la embajada la segunda conversación con mis dos colegas. A ellos también les pareció que era un neurasténico.

**¿Cómo mató a Kennedy?**

Para decirlo en pocas palabras, las circunstancias se desarrollaron de un modo increíblemente acertado para Oswald. Y para Kennedy, para EE UU y para nosotros fue trágico. El 22 de noviembre de 1963 escogió para el magnicidio uno de los lugares más convenientes durante la ruta de la comitiva presidencial: la Plaza Dealey de Dallas. En el trayecto había que dar dos giros: uno de 90 grados y un segundo de 120 grados a la izquierda.

Oswald era un empleado del edificio que albergaba el depósito de libros escolares de Texas, que se encontraba en la ruta de la comitiva. Por tanto, pudo acceder al inmueble sin obstáculos y esconder con antelación un rifle con mira telescópica. Y, por asombroso que parezca, la policía no controló las casas situadas a lo largo de la ruta, porque los servicios secretos por lo general no requerían que se efectuara esa supervisión. Para comprender bien la situación que se produjo, solicité para mi trabajo de investigación la colaboración de empleados de los órganos de seguridad rusos. Y su máximo responsable confirmó lo atinado de la elección. También consideró que el edificio del depósito de libros era un excelente escondite donde el tirador pudo instalarse cómodamente para abrir fuego contra su objetivo. Eso hizo que la eficacia del tiroteo se incrementara considerablemente. La distancia con respecto al objetivo desde la esquina de la ventana del ala sureste del piso y el ángulo de inclinación de la calle facilitaron que pudiera hacer blanco.

**Si lo he entendido bien, ¿era fácil que en esas circunstancias incluso un mal tirador no errara el tiro?**

Así es. Y los especialistas también creen que todos estos factores exigían del tirador una preparación profesional mucho menor. Se puede afirmar que incluso un tirador mediocre en esas condiciones tenía muchas posibilidades de hacer blanco. Y así fue como las tres balas disparadas por Oswald alcanzaron su objetivo.